SUMARIO

LA GOLA

COLABORACIONES ESPECIALES:
El libro blanco de la sabiduría.
La mujer en la obra de Borjes y Neruda.

AFORISMOS EN LA GRANJA:
Aforismos transparentes.

LA LITERATURA EN EL CINE Y/O VICEVERSA:
Lluvia Negra.

ICONOS:
Paseo a orillas del mar.

LA CAJA DE LOS TRUENOS:
Cuando el mundo sólo está en la mente. Un prisma lumínico de *Un hombre en la oscuridad* **de Paul Auster.**

LA BUHARDILLA.

RELATARIA:
Ruido de fondo.

IMAGINARIO:
Fotopoemas.

ENTREVISTAS EN LA GRANJA:
Entrevista a Jaro Godoy.
Entrevista a Susana Cattaneo

LA SAGA DE LOS CORREOSOS:
El Rondeño.

LA VENTA DE DOÑA SOL:
Almirante de la mar océana.

ETIMONOLOGANDO.

POEMANÍA:
Cenizas en Arrigunaga.

RESEÑAS EN EL METRO:
A sangre y fuego. **Héroes, bestias y mártires de España.**

EPISTOLARIO:
Mari Trini

EDITA: Asociación Cultural La Tertulia de La Granja.

Café La Granja. Plaza Circular nº 3. 48001 Bilbao.

IMPRIME: Metro Fotokopistegia.

MAQUETACIÓN: Ite preimpresión.

DIRECCIÓN: Agurtzane Zalbidea.

REDACCIÓN: Agurtzane Zalbidea.

FOTO PORTADA: Carlos Fernández.

COLABORADORES: Jorge Carrasco, Maria Eugenia Caseiro, Jerónimo Castillo, Giovanna Dark, Carlos Fernández, Luís Fernández, Joseba Molinero, Alejandro Pérez, Ignacio Ramírez, Jon Rosáenz, Miguel San José, Roberto Sánchez, Gustavo Tisocco, Nicolás Zimarro.

DEPÓSITO LEGAL: BI-1634-06.

LA GOLA

Doblegado ante la autoridad y la tradición de mis mayores por una ciega credulidad habitual en mí y aceptando supersticiosamente una historia que no pude verificar en su momento mediante experimento ni juicio personal, estoy firmemente convencido de que nací un día de primavera de 1962, en Madrid y de que me bautizaron según el rito de la Iglesia católica... y que Chesterton me perdone.

Mi infancia no tiene interés literario, y he de confesar que de niño fui escasamente aficionado a la lectura más allá de los tebeos, (en los que incluyo aquéllos que con los años y la modernidad pasaron a llamarse cómics: Tintín, Álix, El Jabato, Flash Gordon o El Príncipe Valiente) y de la colección entera de *Los Hollister*, que leí porque me los prestaba un amigo. Aún me sangra la herida de no haber escuchado a quienes me recomendaban a Salgari, Verne, Dickens, Stevenson, etc.

No es necesario explicar cómo fueron los años setenta en nuestro país, y el muchacho que yo era entonces no pudo huir de la curiosidad por comprender los acontecimientos sociales que me tocaron vivir, de modo que mi interés por los libros llegó en forma de obras de divulgación. Recuerdo haber leído en el instituto algunos libritos con cubiertas de dibujo colorista, en los que bajo el título genérico *¿Qué es...?* se explicaban brevemente las doctrinas políticas más diversas. A éstos le siguieron lecturas sobre la guerra y la posguerra civil (me vienen a la memoria *Los años rojos* de Mariano Constante o *Los hijos de los vencidos*, de Lidia Falcón) y otras obras de hechura semejante.

Como casi siempre en la vida una cosa lleva a la otra, y en los años siguientes mi afición se fue extendiendo a las más distantes regiones del mapamundi literario. Creo que empecé por el Este, pues recuerdo haber leído por aquellos días *La madre*, de Máximo Gorki. Probablemente de allí salté a Latinoamérica (Mario Benedetti, Julio Cortázar...) y continué por todas partes, sin seguir un criterio claro: a veces lo que me recomendaban, otras lo que "era obligado" y las más lo que hojeaba y parecía que me gustaba. Así recorrí desde George Orwell hasta José Luis Sampedro, pasando por Isabel Allende, Albert Camus, Pío Baroja, Herman Hesse, Eduardo Mendoza, Milan Kundera, José Saramago, Franz Kafka, Ramón J. Sender, Dostoyevski, Miguel Delibes, Leonardo Sciacia,



Alberto Moravia, Gabriel García Márquez...

Actualmente soy el miembro más reciente - aunque no el más joven - de ese *"grupo de prosélitos de la literatura, de formación intelectual, ideología y gustos literarios muy variados y distintos"* que constituyen La Tertulia de la Granja. Tuvieron la generosidad de admitirme a finales de 2003, cuando se leía *Crónica sentimental de España* de Manuel Vázquez Montalbán, y unos meses después propuse mi primer libro, *El difunto Matías Pascal* de Luigi Pirandello. Desde entonces comparto con ellos un ambiente cálido un sábado al mes y otras actividades lúdico-literarias que se nos van ocurriendo.

CARLOS FERNÁNDEZ

COLABORACIÓN ESPECIAL

EL LIBRO BLANCO DE LA SABIDURÍA



Dos años antes de abandonar este mundo, el querido cronopio mayor, escritor y periodista Ignacio Ramírez, escribió esta nota sobre *El libro blanco de la sabiduría*. El manuscrito le llegó anónimamente y sin autor. Su intuición de que esta maravilla verbal encontrara un editor se cumplió y hace dos semanas apareció en la colección Literatura Mondadori la extraña publicación firmada por un tal Ruiz de Amadís, que a su vez es uno de los personajes de la novela: todo lo dicho y hecho por él puede ser apócrifo.

El libro blanco de la sabiduría es negro. Ni siquiera es un libro sino una prueba de autor a la que deliberadamente se le ha cortado una esquina, porque –creo yo— más que sabiduría es lúdica y erudición lo que contiene.

El viejo Albert Einstein saluda a lectores y fisgones con su archiconocida fotografía con la lengua afuera, complicidad evidente con los niños, burla con los adultos que en la página opuesta son testigos de cómo un par de líneas rectas paralelas devoran un pececillo, sin fórmula de juicio, y dan paso a 176 páginas de sorpresa y de juego en un territorio de papel lleno de letras, dibujos y formatos sin género pero sí generales, pues esto no es novela ni cuento ni poesía ni ensayo y no obstante es de todo, depende eso sí de la capacidad de vuelo imaginario de sus pasajeros.

No tengo ni la menor idea de cómo llegó *El libro blanco de la sabiduría* a mis manos. Es anónimo. Suelen llegarme libros por montones, sobre todo inéditos. No me dejan dormir porque pienso en sus autores y me habita la impaciencia que a muchos de ellos también los mantiene insomnes, según me han confesado. A *El libro blanco de la sabiduría* lo hurgué y lo volteé de mil maneras, lo escruté y lo esculqué buscándole la firma del autor en algún escondite, como suelen hacerlo algunos vivarachos polígrafos o ciertos maestros de la pintura (Goya es paradigma), que firman en tinieblas o urden escondrijos no se sabe si para que no los falsifiquen o si proponen búsquedas detectivescas a sus escudriñadores.

Pero no. *El libro blanco de la sabiduría* no tiene autor y no he logrado descubrir cómo llegó al arrume de tomos por leer que tengo en sala, comedor, alcoba, cocina, baños, cuchitriles, closets, cajas, cajones y todo cuanto dios en su ociosidad me dio.

Sé, eso sí, que un día lo abrí y no fui capaz de cerrarlo hasta leerlo y observarlo letra a letra, línea a línea, milímetro a milímetro, como cuando me enamoro de una muchacha y ya no puedo dejar de amarla eternamente hasta el diciembre próximo.

Porque *El libro blanco de la sabiduría* es deleitoso. Por ejemplo: *El Principito* retoza en su asteroide luminoso y Scherezada desovilla el hilo de sus cuentos salvadores al tiempo que Amadís de Gaula y Don Quijote y todos nuestros amigos de papel y sueños desempeñan su rol en una pieza teatral compuesta del silencio que puebla los recuerdos y de la algarabía de lector que tanto se parece a lo que dicen que es la felicidad.

La seriedad y el buen humor por todas partes: aunque lo puedas dejar siempre, no se acaba nunca. Tiene todos los libros que valen la pena y ni uno solo para perder el tiempo. Aunque está siempre en presente va al pasado, recupera incunables, da cuerpo de lluvia a las palabras, forma de jeroglíficos, de ediciones perdidas. ¡Y habla! Tal cual lo dice en un prólogo que no habita las primeras páginas sino de la 39 a la 58: “Yo soy un libro excepcional porque

soy el libro que habla. Quien replique que todos los libros hablan tiene algo de razón o sea que no tiene toda la razón...”

Es un libro mutante pero puede ser pétreo. Cambia según el lector. Camaleona o juega a Estatua con la misma destreza que caracteriza a las iguanas y a los girasoles, las Mantis religiosas y las mujeres perversas. Tiene páginas en blanco y páginas atiborradas, líneas flacas y líneas gordas. La línea flaca sueña que está flaca y que vivía en la casa de Alicia, la del País de las Maravillas. La línea gorda soñó que era un interminable y aburrido mar de texto.



Guarda y propone también fichas técnicas, cuestionarios, modelos para armar, jugarretas sin fin. Y aún no sé si algunos cuentos que estaban en su interior, estos sí con firma de autor, forman parte de un embarazo bibliográfico de *El Libro blanco de la sabiduría*, que es un reto y que contiene un duende cibernético: creo que hace más de un año que alguien lo introdujo por el postigo de mi ventana, o se disfrazó de cartero viejo y lo dejó en la portería del edificio donde vivo. Pero me da la sensación de que lo leí cuando niño, no sé por qué. Acaso por todas las referencias a los libros entrañables que uno va acumulando en la trastienda a medida que la vida pasa. O quizás porque el duende sabe escabullirse en el intríngulis del tiempo: cuando lo leí por primera vez, escribí una nota para enviarla a los Cronopios y sucedió como me pasa a veces con textos de Cortázar: no apareció por parte alguna. Busqué y busqué y busqué y se había perdido. Traje técnicos especializados en rescatar archivos desaparecidos y como en el caso de la mayoría de los buscadores de galeones hundidos, lo único que hicieron fue esquilmarme. Luego escribí otra nota y fue peor: no sólo se perdió el texto sobre el libro blanco que es negro sino que enloqueció el sistema y me quedé sin muchas cosas que había escrito y que tomaron destinos similares a los de las golondrinas de Gustavo Adolfo Bécquer.

Ahora, cuando estoy escribiendo una tercera versión que por supuesto no tiene nada que ver con las dos anteriores, confieso que he temblado ante la posibilidad de que tampoco llegue a sus destinos. Ruego, entonces, a los Cronopios enredados (que así nos llamamos por pertenecer a la Red) que me digan si les llegaron las páginas en blanco, si no llegaron (lo invisible también es susceptible de confirmación) o si llegaron 50 mil versiones diferentes para en caso tal ir a mirarme en el espejo para saber si me he convertido en Polifemo o en El Barón rampante.

En todo caso, si yo fuera editor, no vacilaría en poner a circular *El libro blanco de la sabiduría* para fundar el hito de un juego que se lee y no se cree, un libro que al final tiene un cajón de donde brota el humo de la fantasía.

No me pregunten cómo llegó a mis manos. Pero si alguno de ustedes es el autor de *El libro blanco de la sabiduría*, o al menos lo conoce, por favor: no me lo diga, que perdería el encanto. Y el pececito devorado por las líneas paralelas se enamoró de una mancha golosa”.

IGNACIO RAMÍREZ

LA MUJER EN LA OBRA DE BORGES Y NERUDA



Para nadie es un secreto que Borges y Neruda fueron hombres muy diferentes. Muy pocas cosas, más allá de la devoción por la obra de Walt Whitman y la genialidad, los unían. Uno, Borges, acomete la labor de expresar el mundo a partir de la erudición y el juego intelectual. Neruda prefiere una absorción material del mundo y rescata del universo cultural sólo su aspecto humano.

Una diferencia fundamental fue la presencia de la mujer en sus obras. Virginia Wolf manifestó, a principios de siglo, que los hombres se ocupan más de las mujeres que éstas de los hombres. Esta verdad, extraída de la historia literaria, no se puede retirar con regularidad de las obras de todos los autores.

Para Neruda el amor entre el hombre y mujer es la fuerza que le da sentido a la existencia. Para Borges, es un elemento más, del cual se puede prescindir sin alterar sustancialmente el curso del devenir humano.

En la obra de Neruda la mujer es una protagonista esencial. Es la fuente y la depositaria de sus pasiones y es la compañera en sus luchas ideológicas. Así lo plasma en el libro *Los versos del Capitán*. Y más adelante, cuando el poeta había entrado en su etapa posmoderna, en el libro *La espada encendida* concibe, en el final de la Historia, la salvación de la especie humana a través de la unión corporal y espiritual del último sobreviviente de la catástrofe terrestre y de la mujer escapada de la ciudad de los Césares. Es decir, dentro y fuera de la Historia, la mujer es una fuerza activa, íntegra, imprescindible.

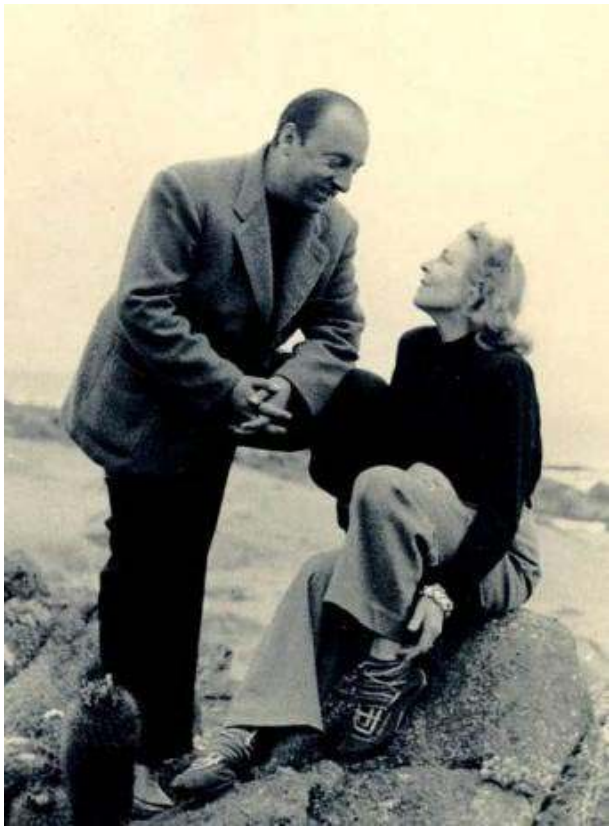
Volodía Teitelboim, amigo del poeta y uno de sus biógrafos, sostiene: “Al menos entre los poetas contemporáneos en lengua castellana, es el enamorado por antonomasia. Nadie tocó, nadie por escrito se dejó llevar por el amor con tantas ganas, con tanta delicadeza y desvergüenza, con tanta diversidad y obstinación, de principio a fin, de cabeza a pies. El amor le sacudía las entrañas, pasándole siempre su corriente por el alma. Amó a unas cuantas, por no decir muchas. A todas las quiso con una sinceridad que no significa garantía, monopolio ni sinónimo de eternidad. Fue un memorión de sus pasiones. Nutrió con ellas páginas y páginas. A menudo volvió a contarlas, a cantarlas, a revivirlas“.

Y continúa Teitelboim: “En esencia, no le interesa la mujer objeto. Le atrae en ella todo lo que es su personalidad completa. La mujer pone la fascinación, el encantamiento. Él pondrá lo demás. Sentará en el trono a la plebeya y convertirá a la fea o a la inadvertida en la más hermosa e importante. Hará de la callada la elocuencia sin palabras, porque la palabra mágica la dirá el poeta tocado por la gracia“.

En cambio, en los cuentos de Borges la presencia femenina es mínima y desconcertante. Algunos personajes (como la pelirroja del cuento “El muerto” y la Lujanera de “Hombre de la esquina rosada”) son mujeres que carecen de individualidad, dóciles al hombre que se impone en la pelea o da muestras de mayor coraje. Cada una es un objeto transferible, trofeo al que dirige sus derechos quien



se impone en una contienda. Benjamín Otárola, el protagonista de “El muerto”, sabe que “la mujer, el apero y el colorado son atributos o adjetivos de un hombre que él aspira a destruir“. Son, en suma, fieles ejemplos de la selección sexual postulada por Darwin. En otro cuento, “La intrusa”, los protagonistas (dos hermanos) comparten el amor de una china. La presencia de la mujer actuó como obstáculo en la relación armoniosa que ambos hermanos compartían. Para volver a la situación anterior los hermanos deciden matarla y así eliminar el motivo de la discordia. La mujer – una pieza sin voluntad ni pudor – será asesinada sin tener conciencia del plan de los hermanos. Alicia Jurado, amiga de Borges y una de sus biógrafas, escribió: “Pocos relatos son más atroces que este magnífico cuento, que ninguna mujer puede leer sin indignación y horror”. La misma autora agrega: “En muchos relatos no aparece ningún personaje femenino; en otros, pone



a las mujeres en escena como un director teatral mandaría colocar un jarrón o una silla, porque agregan verosimilitud al ambiente, pero son borrosas o casuales o, a lo sumo, indiferenciadas y pasivas".

Los personajes femeninos de Borges, como todos sus personajes, carecen de individualidad. Representan un carácter, un arquetipo, un símbolo, y dentro de la trama cumplen un rol accesorio, salvo la protagonista del cuento Emma Zunz que, movida por su afán de venganza, se hace violar para encubrir el asesinato de quien le quitó el honor a su padre. Un rol nada agradable en un cuento cuyo argumento le pertenece a un amigo de Borges.

Pero estamos hablando, sobre todo, de sus obras. En la ficción se permite todo, hasta la incoherencia. El autor de *El informe de Brodie* fue, en la vida real, un hombre muy dependiente de las mujeres. Su madre, Leonor Acevedo, tuvo una influencia decisiva, condicionante sobre el poeta, al igual que su polémica compañera, María Kodama. Con las mujeres entabló también entrañables lazos de amistad. Las apreciaba por muchas razones y no solamente por su curiosidad intelectual. Con ellas escribió varias obras en colaboración, un hecho poco común en las letras castellanas. Recuerdo, por ejemplo, los nombres de Esther Zemborain, María Esther Vásquez, Alicia Jurado, Margarita Guerrero, Luisa Mercedes Levinson, Silvina Bullrich, Delia Ingenieros, entre otras.

El caso de Pablo Neruda no es menos contradictorio. El poeta, además de amarlas y respetarlas, las iba desechando a medida que su corazón inconstante lo empujaba a un nuevo rumbo. Todas sus mujeres, momentánea o definitivamente, sufrieron el abandono amoroso. De reinas pasaron a ser recuerdos de un soberano que se afligía por perderlas, pero que respetaba su destino de amante omnívoro.

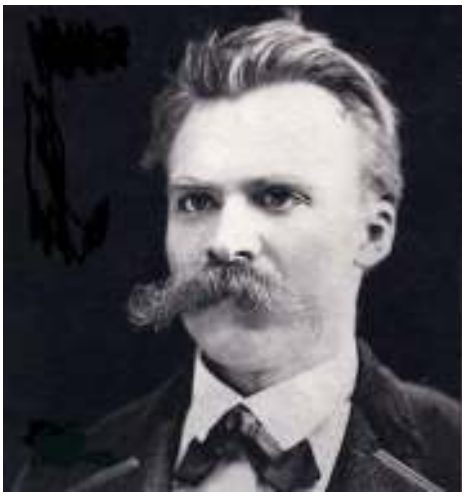
Enfrentar la vida a la obra permite un conocimiento más fiable del pensamiento real de los autores. En Borges y Neruda está la prueba de que lo irreconciliable se atenúa cuando se toman en cuenta los avatares de su contingencia existencial. La conjetura de que los destinos humanos mantienen entre sí una unidad esencial, aparece repetida en la obra de Borges. En el final del cuento "Los teólogos", dice: "Más correcto es decir que en el paraíso, Aureliano supo que para la insondable divinidad, él y Juan de Panonia (el ortodoxo y el hereje, el aborrecedor y el aborrecido, el acusador y la víctima) formaban una sola persona". Los protagonistas (individuos que profesaron en sus vidas ideas). Podemos pensar entonces que, en un hipotético cielo, Neruda y Borges sean, más allá de sus diferencias terrestres, una sola persona.

JORGE CARRASCO



AFORISMOS DE LA GRANJA

AFORISMOS TRANSPARENTES



El aforismo, la sentencia en los que yo soy el primer maestro entre alemanes, son las formas de la "eternidad"; es mi ambición decir en diez frases lo que todos los demás dicen en un libro, lo que todos los demás – no dicen en un libro...

El orondo e inefable Chesterton, rey de la paradoja y príncipe de los escritores cristianos, entre otras cosas, decía acerca de nuestro autor en un pasaje de su extensa obra:

El tedio es el más excusable de los vicios; pero es la más inexcusable de las virtudes. Nietzsche, que representa del modo más preeminente de esta afectada pretensión del tedio, ha hecho una descripción de la repugnancia y el desdén que le causa la presencia de gentes ordinarias, con sus caras ordinarias, sus voces ordinarias y sus inteligencias ordinarias.

También nuestro añorado don Miguel de Unamuno, transgresor y creyente imposible, genio huracanado de nuestro ser metafísico ibérico, y, cómo no, especialista en el tema de la envidia, descargó su facundia en forma de ripios:

Al no poder ser Cristo maldijiste

de Cristo, el sobrehombre en arquetipo,

hambre de eternidad fue todo el hipo

de tu pobre alma hasta la muerte triste.

Habló de él nuestro poeta sevillano, sabio y fino catador de aforismos y cosas sabías, al que la guerra mató en plena frontera ("Esos días azules y ese sol de infancia"):

Tuvo Nietzsche además talento y malicia de verdadero psicólogo – cosa poco frecuente en sus paisanos -, de hombre que ve muy hondo en sí mismo y apedrea con sus propias entrañas a su prójimo... Yo os aconsejo su lectura, porque fue también un maestro del aforismo y del epigrama.

Y es verdad que nuestro autor es conocido por su faceta de filósofo (dicen que "amateur", ex-catedra) que arremete contra las creencias, contra los ideales de la civilización e incluso contra Hegel y su escuela pero es, sobre todo, el que ha marcado un antes y un después en la historia axiológica de nuestra civilización. La sentencia "Dios ha muerto" ha dejado un huella indeleble en la civilización europea, en el orbe planetario. No obstante, hace unos cuantos años, no demasiados, gracias a una reseña en un periódico, supimos que tenía dotes musicales, vamos que escribió piezas musicales como cualquier compositor al uso.

Ahora bien, si se hubiera dejado llevar por lo que verdaderamente le gustaba se hubiera dedicado a la música. En el campo de la música aprendió de forma instintiva. Así componía Nietzsche y no hay razón para dudar que, con mejores maestros, el hombre que inspiró a Strauss, Delius, Mahler y Schoenberg, hubiera podido lograr notoriedad musical.

Como él dejó dicho en un aforismo clarísimo: Hacer o escuchar música, es filosofar sin saberlo. Quizá no sea bien conocida su faceta epigramática la cual lo lleva al Olimpo de los más grandes aunando concisión y profundidad, decir y no decir, o decir simplemente entre líneas. Massimo Cacciari encuentra unión entre esta faceta y la ya explicada de su talento musical.

La música puede ser lenguaje aforístico por excelencia. Según su misma forma propia, ella puede abstraer todo elemento, toda palabra del confuso reenvío del «comunicar», de su inextinguible «simpatía». Pero cada palabra es ahora analizada y sentida, escuchada en su propia esfumatura. Esto es aforismo y aquí el aforismo nietzscheano revela justamente su naturaleza musical, la «educación musical» específica que sostiene su estructura. Pero esta misma «educación», mediante la estructura del aforismo, se une a la intuición «clásica» que la

había producido.

Según Andrés Sanchez Pascual, que está a cargo de esta edición de aforismos del autor, es con Nietzsche cuando el aforismo llega a su culmen, a la categoría estrella de la literatura y de la sabiduría; lo que incluso le hace afirmar que el aforismo se hace transparente y cobra plena conciencia de su significado. Una larga tradición de la cultura europea que empezó con los hipocráticos, para ir a lo largo de los siglos ensayando diversas fórmulas y adquiriendo conciencia de sí misma. Son las tres notas de esta tradición la concisión didáctica, la agilidad crítica y la tendencia ilustrada.

Los aforismos no son juegos de palabras sino una forma filosófica cuya rotundidad y autonomía son el resultado de un intenso trabajo del pensamiento ayudado por la intuición y el talento. Hay dos circunstancias que han hecho de Nietzsche un maestro del aforismo moderno. El absolutismo del saber de la situación filosófica posthegeliana que nuestro autor pretende romper a base de dardos epigramáticos. La máquina dialéctica funcionaba ya en vacío cuando Nietszche salvó la filosofía a través del aforismo.

Una segunda circunstancia fue la conciencia lingüística que tenía nuestro autor pues desconfiaba del lenguaje como instrumento que sólo sirve para aferrar el "ser", no para asir el devenir. Nietzsche piensa que el lenguaje falsea la realidad. Así, empujado por estos dos condicionantes nuestro autor se decanta por el aforismo con mayúsculas enfrentándose al problema con radicalidad. En vez de una verdad, los aforismos de Nietzsche dirán verdad y media. Esta media verdad excedente hinchará las palabras como un parte oscura, irónica o paródica. Esta media verdad será la sal que impida que la Verdad se corrompa.

Y así, con estos apuntes que testifican acerca de la grandeza del género que nuestro autor profesa, pasamos a escuchar sus verdades, esas sentencias que se hacen transparentes y cobran plena conciencia de su significado. He aquí una pequeña selección, querido lector...

Yo desconfío de los sistemáticos y me aparto de su camino. La voluntad de sistema es una falta de honestidad.

Las cosas grandes exigen que se calle acerca de ellas o que se hable de ellas con grandeza, es decir, con inocencia - cínicamente.



La capacidad de alegría se atrofia cuando uno quiere ser igual que los otros.

No son pocos los que no encuentran su corazón hasta que no han perdido su cabeza.

El enfermo tiene a menudo más sana su alma que el sano.

Los poetas carecen de pudor con respecto a sus vivencias: las explotan.

Kant, una cabeza fina, un alma pedante.

La exigencia de ser amado es la máxima arrogancia.

Alguien que piense con libertad recorre anticipadamente la evolución de generaciones enteras

Las mujeres han sido tratadas hasta ahora por los hombres como pájaros que, desde una altura cualquiera, han caído desorientados hasta ellos: como algo fino, más frágil, más salvaje, más prodigioso, más dulce, más lleno del alma, - como algo que hay que encarcelar para que no se escape volando.

Se paga caro el llegar al poder: el poder vuelve



estúpidas a las personas...

En estado de odio las mujeres son más peligrosas que los hombres; primero de todo, porque no son frenadas en sus sentimientos hostiles una vez excitados, por ninguna consideración de equidad y dejan crecer tranquilamente su odio hasta las últimas consecuencias; y luego, porque tienen práctica en eso de encontrar puntos débiles (que todo ser humano, todo partido tiene) y en hurgar allí dentro; para lo cual les presta magníficos servicios su entendimiento, afilado como un puñal (mientras que los hombres, a la vista de las heridas, se contienen y a menudo se vuelven magnánimos y conciliadores).

Cada pueblo tiene su tartufería propia y la denomina sus virtudes.- Lo mejor que somos, eso no lo conocemos – no podemos conocerlo.

El hombre antiguo, cuando leía – esto ocurría bastante raramente – lo que hacía era recitarse algo a sí mismo, y desde luego en voz alta; la gente se asombraba cuando alguien leía en voz baja y se preguntaba a escondidas por las razones de ello.

El mejor medio de acudir en ayuda de gente apocada y de tranquilizarla consiste en elogiarla con decisión.

El talento de no pocas personas parece menor de lo que es porque siempre se propusieron tareas demasiado grandes.

La espiritualización de la sensualidad se llama amor.

La desgracia de los escritores agudos y claros está en que se los toma por superficiales y en consecuencia no se les dedica mucho esfuerzo; y la suerte de los escritores no claros, en que el lector les dedica mucho esfuerzo y atribuye a la bondad de ellos la alegría que a él le produce su propio celo.

El mejor autor es el que se avergüence de convertirse en escritor.

Nos equivocaremos pocas veces si atribuimos las acciones extremas a la vanidad; las mediocres, al hábito; las mezquinas, al miedo.

Para que haya arte, para que haya algún hacer y contemplar estéticos, resulta indispensable una condición fisiológica previa: la embriaguez.

La voz humana es la apología de la música.

El que odia o desprecia la sangre extraña no es aún un individuo, sino una especie de protoplasma humano.

Fueron amigos, pero han de serlo, por ambos cabos deshicieron al mismo tiempo el nudo de la amistad, el uno porque se creía demasiado desconocido. ¡Y ambos se engañaban! - pues ninguno de ellos se conocía suficientemente a sí mismo.

Será habitualmente un buen escritor de cartas quien no escribe libros, piensa mucho y vive en insuficiente compañía.

De niño es cuando más distante del animal está el ser humano, cuando más humano es su intelecto. A los quince años, con la pubertad, se acerca un paso al animal; y otro más, con el sentido de la propiedad de los treinta años (la línea intermedia entre la holganza y la avidez). A los setenta años se pierde a menudo también el pudor; después el septuagenario se nos presenta como una bestia sin velos, basta mirar sus ojos y su dentadura.

Cada vez se necesita menos fuerza física: con inteligencia se hace trabajar a las máquinas, el ser humano está volviéndose más poderoso y más espiritual.

Si queremos ser alguna vez un personaje hemos de honrar también nuestra propia sombra.

Para vivir sólo es preciso ser un animal o un dios – dice Aristóteles. Falta el tercer caso : hay que ser ambas cosas – un filósofo.

Los padres y los hijos se tratan entre sí con mucha más indulgencia que las madres y las hijas.

Mientras somos jóvenes y aún no estamos seguros de nosotros mismos, no es pequeño el peligro de que los científicos nos quiten el gusto por la ciencia – o los artistas, por el arte – o nosotros mismos, por la vida.

Dovstoieski, el único psicólogo, dicho sea de paso, del que yo he tenido algo que aprender.

Procurarse las ventajas de un difunto – nadie se preocupa de nosotros, ni en favor ni en contra. Imaginarse separado de la humanidad, desaprender los deseos de todo género: ¡y aplicar a la contemplación todo el exceso de fuerza! ¡Ser el espectador invisible!

¿De dónde surgen las pasiones repentinas de un varón por una mujer, las pasiones hondas, entrañables? De lo que menos, de la sola sensualidad; pero cuando el varón halla juntos en una sola criatura el desamparo, la debilidad y, a la vez, la altanería, en su interior es como si su alma quisiera desbordarse: queda conmovido y ofendido en un mismo instante. En ese punto brota la fuente del gran amor.

No he conocido personas que inspiren tanto respeto como los filósofos griegos.

Quedarse quieto, tendido, y pensar poco es el medicamento más barato para todas las enfermedades del alma, y, si ponemos buena voluntad en ellos, va volviéndose más agradable a cada hora que se lo emplea.

Cuanto más alegre y libre va haciéndose el espíritu, tanto más pierde el ser humano la carcajada ruidosa; en cambio, le brota constantemente una sonrisa espiritual, señal de su asombro por las innumerables amenidades ocultas de la buena existencia.

En vez de desear que los otros nos conozcan tal como somos, deseamos que piensen de nosotros lo mejor posible; anhelamos, por tanto, que los otros se engañen con respecto a nosotros: es decir, no estamos orgullosos de nuestra unicidad.

Ahí hay un lector; no nota que estoy observándolo. Lo conozco hace tiempo – una cabeza inteligente: el ser leído por él no perjudica. - ¡Pero si está completamente cambiado! ¿Soy yo el que lo cambiado!

JON ROSÁENZ

Ambientación y fuentes :

Aforismos Friedich Nietzsche Edición de Andrés Sánchez Pascual 1994 Editorial Edhasa

Niestzsche de filólogo a Anticristo de José María Valverde 1993 Editorial Planeta

Obras completas G.K. Chesterton Plaza & Janes Editores 1961

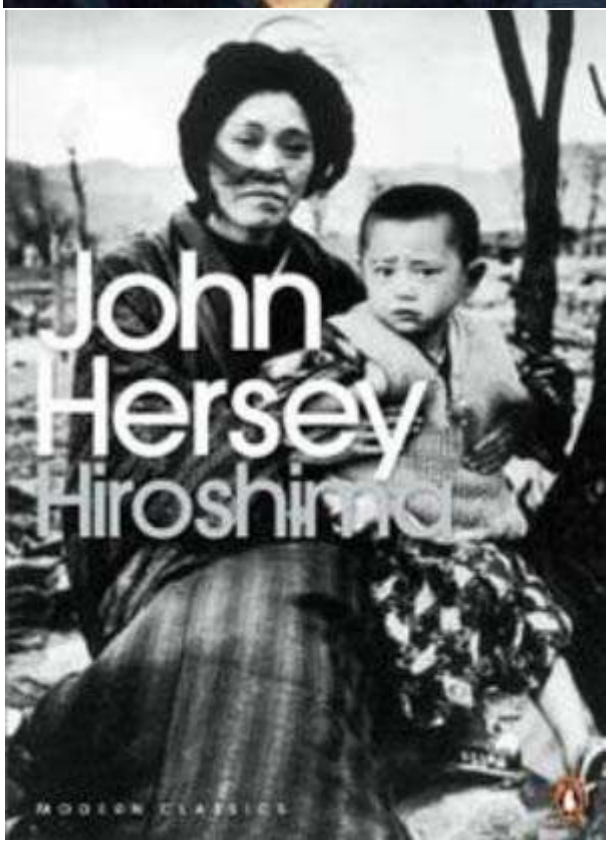
Artículo “Así componía Friedich Nietzsche” de Alain Gerbier Suplemento LA ESFERA ejemplar de El mundo del 22 de enero de 1994.

“Aforismo, tragedia y lírica” de Massimo Cacciari. Traducción de Mónica Cragnolini. Publicado en *Perspectivas Nietzscheanas,* Nº 3 (1994) pp. 9-34.

LA LITERATURA EN EL CINE Y/O VICEVERSA

LLUVIA NEGRA

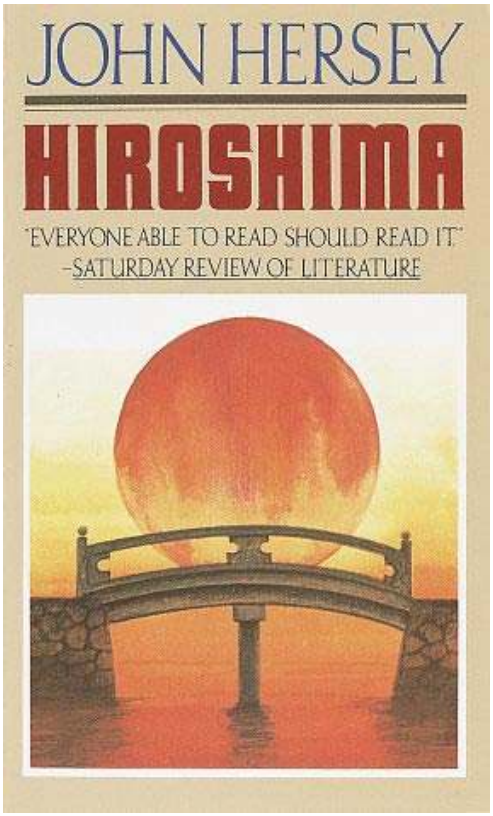


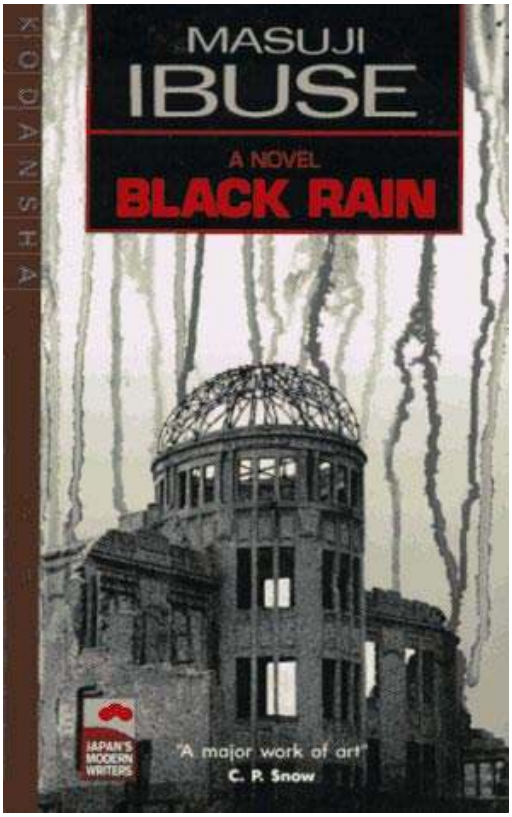


"Al referirse a quienes pasaron por la experiencia de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, los japoneses tendían a evitar el término *supervivientes*, porque concentrarse demasiado en el hecho de estar con vida podía sugerir una ofensa a los sagrados muertos. Esa clase de personas vino a ser conocida con un nombre más neutral, *hibakusha*: literalmente, *personas afectadas por una explosión*. Durante más de una década después de las explosiones, los *hibakushas* vivieron en una especie de limbo económico, aparentemente porque el gobierno japonés no quería aceptar ningún tipo de responsabilidad moral por los crímenes horrendos cometidos por los victoriosos Estados Unidos. Aunque pronto quedó claro que muchos *hibakushas* sufrieron, tras su contacto con la bomba, consecuencias radicalmente distintas de las sufridas por los sobrevivientes de bombardeos tan espantosos como los de Tokio y otros lugares, el gobierno nunca tomó medidas especiales para auxiliarlos", relata John Hersey en *Hiroshima*, uno de los grandes clásicos en el género del reportaje periodístico y emblema de rigor informativo puesto al servicio de las víctimas olvidadas del estallido de la bomba atómica. El texto de Hersey, originalmente publicado en 1946 por la revista *The New Yorker*, supondría un hito de extraordinaria magnitud en el ámbito periodístico, al introducir una novedosa mirada sobre el aspecto humano de los hechos, en detrimento de los tradicionales balance de datos, de los fríos análisis de presuntos expertos en política internacional y de las retóricas declaraciones institucionales.

No obstante, los límites del periodismo resultarían una vez más evidentes. El trabajo de Hersey, que ya había obtenido anteriormente un premio Pulitzer, sería reconocido con importantes galardones y catalogado como jalón básico del periodismo moderno, pero no por ello contribuiría a modificar en mucho la tozuda realidad: ni la escalada armamentística de la *guerra fría*, en el ámbito general, o, en un terreno más específico, ni la entrega de ayudas médicas o económicas a los supervivientes de las bombas atómicas, quienes en realidad no obtendrían nada hasta el año 1957.

La primera bomba atómica había estallado en la ciudad de Hiroshima el 6 de agosto de 1945, a las ocho y quince minutos de la mañana. En la explosión murió el noventa y cinco por ciento de la gente que se encontraba a un kilómetro de distancia de donde había caído la bomba, y quedaron afectadas miles de personas que se encontraban más lejos. Como señala Hersey, los médicos pronto se dieron cuenta de que los supervivientes habían absorbido tales dosis de radioactividad que muchos de ellos estaban condenados también a morir. En las inme-



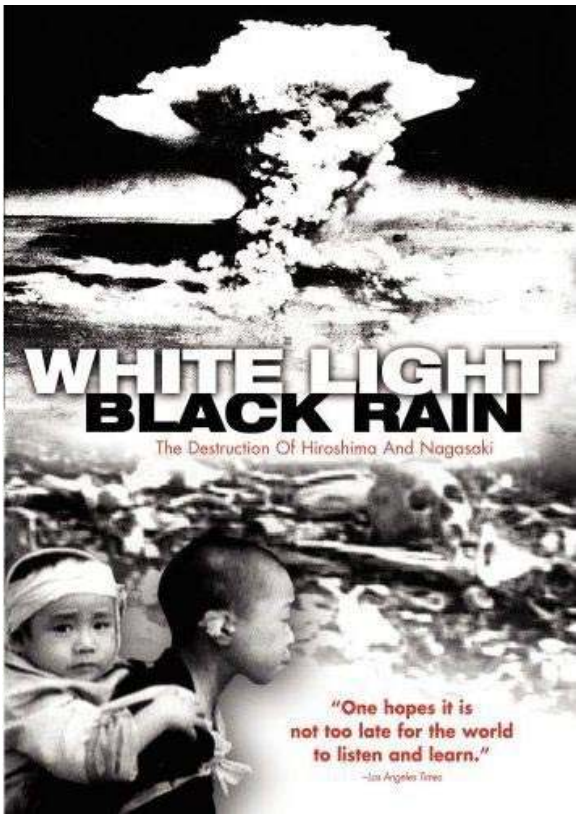


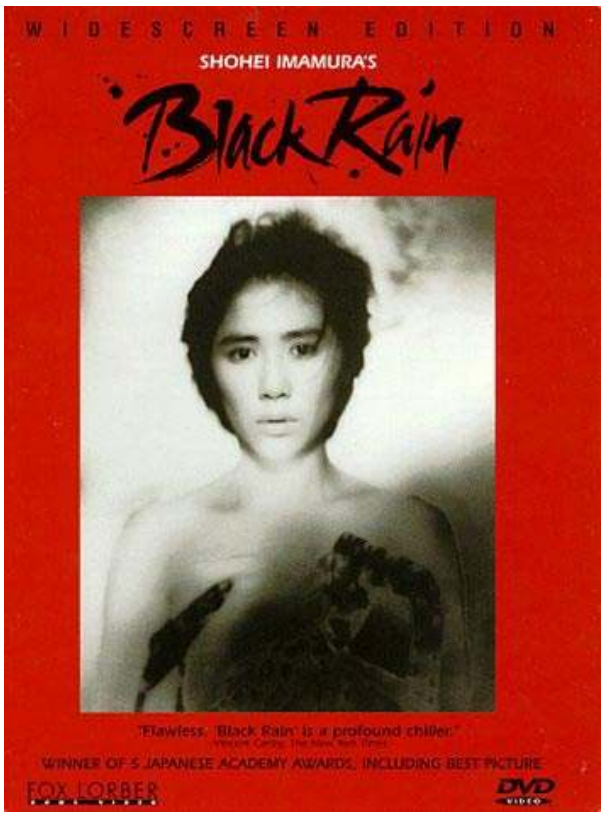
diatas semanas posteriores, la mayoría comenzaría a sentir náuseas, jaquecas, diarreas y fiebre, síntomas que se prolongarían por espacio de varios días hasta el fallecimiento. Bastantes de quienes lograron superar esta fase, comenzarían posteriormente a padecer la caída del pelo y numerosos desórdenes sanguíneos. Algunas víctimas se recuperarían de estos síntomas en apenas una semana; la mayor parte de ellos, en cambio, tardarían meses en lograrlo o no lo conseguirían nunca. Por último, estarían todos aquellos que, alejados del epicentro de la explosión, habían sufrido unos índices de radioactividad menores y que, por lo tanto, no manifestarían síntomas evidentes hasta pasados los años. Muchos de estos casos serían incurables y, por lo tanto, acabarían siendo víctimas a largo plazo del acontecimiento histórico llamado a inaugurar la segunda mitad del siglo XX.

En Japón se impondría el silencio: ninguna ayuda económica, ninguna ayuda médica. En Estados Unidos, y salvo excepciones como el texto de Hersey, tampoco habría excesivo interés por las consecuencias de la bomba atómica. Los afectados quedaron abandonados a su suerte, y únicamente aquellos que pudieron costearse privadamente los gastos médicos tuvieron oportunidad de paliar de alguna manera los efectos de la radioactividad sobre el organismo; los demás, en cambio, debieron esforzarse por sobrevivir buscando trabajos mal remunerados pero que les permitiesen descansar adecuadamente dos o tres días a la semana y paliar el enorme desgaste físico sufrido.

En 1956, y merced a una serie de iniciativas privadas en la que participaron escritores como Pearl S. Buck, comenzaría por fin a visualizarse el horror de las bombas atómicas en Estados Unidos. El rostro de las llamadas *doncellas de Hiroshima*, una serie de jóvenes afectadas por la radioactividad y sometidas a tratamiento de cirugía estética en Estados Unidos, serviría como testimonio de esa tragedia. Un año después, el gobierno japonés comenzaría a prestar también las primeras ayudas a las víctimas. Más tarde, vendría de nuevo el silencio: entre otras cuestiones, dificultando la circulación de imágenes sobre lo ocurrido distintas a la visión externa, y alejada, del gran hongo atómico elevándose sobre el aire.

Así las cosas, en 1965 el escritor japonés Masuji Ibuse, antiguo colaborador del departamento de propaganda del Ministerio de Guerra, publicaría por entregas una novela titulada *Lluvia negra* que, como en el caso de la obra de Hersey, estaría llamada a convertirse en un referente literario fundamental y, al mismo tiempo, en otra llamada de atención en torno al olvido, abandono y menosprecio sufrido por los supervivientes de Hiroshima. Su publica-





ción coincidiría, además, con la realización de algunos documentales sobre lo ocurrido, que romperían con la espesa capa de silencio mostrada tanto por la cinematografía estadounidense como por la japonesa en torno a las secuelas de la bomba sobre la población. Habría que esperar, no obstante, hasta la nueva edición del texto de Hersey, en 1985, que incluía un nuevo capítulo abordando lo que habían sido las vidas de varios de los supervivientes a lo largo de las décadas, para que algún largometraje de ficción levantase acta de lo acontecido con el debido rigor, sensibilidad e impulso creativo. Este no sería otro que *Lluvia negra* (1989), dirigido por Shohei Imamura a partir de la obra de Ibuse, cuya errática distribución comercial apenas permitió que tuviera el suficiente eco popular y crítico, pese a la sensibilidad de su alegato ético y sus notables virtudes fílmicas.

El filme de Imamura no sólo pretendería honrar la memoria de las víctimas, sino ser fiel también a la propia tradición cinematográfica clásica de Japón y, en particular, a la establecida por cineastas como Yasujiro Ozu, del que Imamura había sido ayudante de dirección durante años. Es decir, una tradición basada en la austeridad de la puesta en escena y la cercanía a las esferas más íntimas del ser humano: sus miedos, sus deseos, sus tabúes, mostrados en numerosas ocasiones a través de gestos y silencios, sin efectismos ni florituras visuales. Centrándose, pues, en las vivencias de un reducido grupo de individuos, a través de los cuales podemos hacernos cabal idea de lo que puede suponer la soledad, el abandono y, sobre todo, la desesperanza, para unos supervivientes obligados a optar por encerrarse en sí mismos (o con sus semejantes); a no esperar nada, salvo fugaces momentos de felicidad; y a no albergar ningún anhelo de cambio en el orden político o social.

La película, como los textos de Ibuse y de Hersey, pretende en realidad algo tan sencillo, y tan complejo al mismo tiempo, como plasmar lo que significan la enfermedad y el olvido en un mundo caracterizado por el miedo, la incomprensión y el menosprecio hacia el débil. Todo ello articulado desde la órbita del humilde drama familiar donde cada persona vislumbra el horizonte del declive físico y de la muerte sin renunciar por ello a conseguir una cierta atmósfera de normalidad en su vida cotidiana y a disfrutar de los ocasionales momentos de belleza y esperanza que pueda depararle un futuro gris y amargo.

LUIS FERNÁNDEZ COLORADO

El libro de John Hersey, *Hiroshima*, está editado en español por Turner (2002) y recientemente ha salido en Debolsillo (2009). El libro de Masuji Ibuse, *Lluvia negra*, está editado por Libros del Asteroide (2007).

ICONOS



PASEO A ORILLAS DEL MAR

Mas se paro un momento, se consigo

Fechar os olhos, sinto-os a meu lado

De novo, esses que amei viven comigo.

Antero de Quental

—¡Míralas, allá vienen!

La que ha hablado es una mujer alta y robusta. Lleva el pelo oscuro y brillante recogido en un rodete. Colgada de su brazo izquierdo, una cesta de mimbre vacía. Mira desafiante hacia el otro extremo de la playa. Ha pronunciado sus palabras en voz alta, casi en un grito. No busca que sus compañeras la oigan, quiere que las damas vestidas de blanco que pasean por la arena se enteren de que están allí, ella y las otras dos, cada una con un recién nacido en brazos. Echa una pierna adelante y su cadera avanza provocadora. Levanta un poco la barbilla y apoya su puño en la cintura. Ella ya no tiene hijos. Por eso está allí. Por eso están allí. La mujer morena ya no es ni madre ni esposa. Las otras aún pueden decir que son madres, quizá por eso se quedan un paso atrás, como si quisieran que sus sombras reposasen en el soberbio regazo de la mujer que ya sólo es mujer, ni madre ni esposa.

Aspira hondo, su busto se hincha mientras el chal que lleva sobre los hombros aletea, negro como el presagio de una tragedia. Quizá pudiéramos pensar algo así si no fuese porque no hacen falta los presagios, si no fuese porque la tragedia ya es una realidad que las empapa como la húmeda brisa que agita sus ropas.



Las tres mujeres están descalzas, no temen a la mar.

—¡Míralas, allá vienen! —repite.

Pero las que vienen no están allá. El olor a jabón y pescado de las tres mujeres se mezcla con el del salitre de la mar, y se enrosca después en torno a las damas de blanco. La más joven se ha quitado el sombrero; con la cabeza baja mira de soslayo a la de la cesta. En sus ojos se mezcla la soberbia con la curiosidad porque no entiende qué desean esas tres, plantadas sobre la arena, descalzas, como si las estuvieran esperando. Una repentina ráfaga de viento alborota las gasas que envuelven su vestido. La señora que camina tras ella levanta un brazo y se sujeta la pamela. Los velos que cuelgan del ala se agitan y esconden su rostro. La sombrilla abierta se estremece en su mano; la inclina con la intención de hurtarla al viento, pero la joven que la acompaña piensa por un momento que su madre la emplea como un escudo ante aquellas mujeres… Las mujeres de los pescadores muertos… Ellos trabajaban para su padre… Ahora las ha reconocido. No recuerda los nombres, pero sí sus caras. Los surcos profundos de la edad hoy están llenos de pena y tristeza. Y de rabia.

En los ojos de la viuda más joven las lágrimas se desbordan, y cuando la brisa no se las lleva, mojan las ropas del bebé que acuna. La mujer que ya sólo es mujer se vuelve hacia su compañera. No le habla, pero la otra entiende. Se seca la humedad de las mejillas y endereza la espalda. El llanto por la muerte de sus hombres vendrá cuando llegue la oscuridad, a la orilla de aquellas mismas aguas que aún no se los han devuelto; la sal de las lágrimas se derramará entonces en la sal de la mar, y de las olas. Pero eso será en la noche, en esta noche y en muchas otras después de ella, no ahora, no delante de esas dos.

Las damas pasan de largo y esquivan las miradas de las tres mujeres como si fuesen olas traicioneras que pretendiesen arruinar sus botines de charol. La más joven baja los párpados y vuelve apenas la cabeza hacia el mar. Allá, en algún valle azul, entre afiladas y efímeras cumbres de espuma, se perdieron los pescadores. Un escalofrío bate su piel, y después la palidez tiñe sus mejillas cuando imagina a su padre y hermanos flotando ingrávidos, mirándola con ojos ciegos desde un silencio opaco. Por un instante cree entender el dolor, la ira y el resentimiento de esas tres. Sólo por un instante. Se coloca de nuevo el sombrero; debería sentir algo, pero ya no encuentra un entrecejo para ellas. A su lado, escudada tras su sombrilla, con una indiferencia tan fingida como real es la de las olas, la madre no desvía los ojos del horizonte.

La mujer del pelo oscuro se gira y las sigue con el semblante turbio. Aspira hondo y casi grita sus palabras.

—¡Míralas, allá van!

ROBERTO SÁNCHEZ



LA CAJA DE LOS TRUENOS

CUANDO EL MUNDO SÓLO ESTÁ EN LA MENTE. UN PRISMA LUMÍNICO DE *UN HOMBRE EN LA OSCURIDAD* DE PAUL AUSTER

Paul Auster está considerado como uno de los mejores novelistas de la actualidad. Destaca como narrador de historias entre increíbles y cotidianas, historias alambicadas e imaginativas, historias que indefectiblemente se adornan de misterio e intriga y en las que interaccionan la eventualidad de los hechos, la contingencia del azar y la fatalidad de un destino perentorio; historias entreveradas, historias unas dentro de otras; historias que están ambientadas en escenarios ordinarios y desarrolladas en situaciones revestidas con una suerte de ensoñación o realismo mágico y que, en la mayoría de los casos, trastocan las expectativas del lector, quien se ve envuelto inopinadamente en un remolino narrativo de realidad y fantasía que lo lanza a un laberinto discursivo del que sólo puede escapar si se deja arrastrar por el flujo expositivo del narrador, que siempre es el protagonista principal que da voz a los diferentes personajes de esas historias que él mismo crea.



Así ocurre en *Un hombre en la oscuridad*, en donde se entrecruzan varias historias paralelas sobre la base de la revisión que el protagonista principal, un crítico de literatura, hace de su vida, vida de la que intenta evadirse inventando historias en la oscuridad de la noche, historias salpicadas de recuerdos que no logra sacudirse y que se antojan surgidas de una macabra pesadilla.

August Brill – así se llama el crítico de literatura personaje central de la obra- se está recuperando en casa de su hija, en Vermont, tras sufrir un grave accidente de automóvil. Padece de insomnio y, para aliviar tal circunstancia, entre otras, idea una historia terrorífica protagonizada por Owen Brick, una historia en la que se deconstruyen los acontecimientos de la actualidad reciente (así el escenario de los sucesos se instala en una realidad norteamericana en la que las torres gemelas permanecen en pie y en la que no ha tenido lugar la guerra de Irak), una historia en la que se recrea una guerra civil en EEUU. Owen Brick irrumpe en escena de forma insólita: aparece en el fondo de un agujero de paredes lisas y resbaladizas que de ningún modo puede escalar. Está absolutamente descolocado e ignora qué hace en semejante lugar. Lo único que percibe son los ecos lejanos del fragor de una batalla que, al parecer, se está librando en el exterior. De pronto, un soldado se asoma en el ojo del pozo en el que se encuentra y le ayuda a salir del mismo. Allí fuera reina el caos y la realidad se vislumbra como un mal sueño, como un imposible encarnado en una dramática vivencia existencial. Brick conoce que el responsable de la trágica situación del mundo es un escritor insomne que ha urdido esa guerra fratricida y que su misión es eliminarlo, porque sólo de esta forma se pondrá fin a la contienda bélica. En este punto se despliega el caudal de dos experiencias vitales acrisoladas en una corriente discursiva en la que las historias de Brick y de Brill interaccionan en sus respectivas vidas, confluyendo ambas en un final de vértigo que comprende varias historias en relativa disonancia con la línea argumental de la novela. Por un lado, discurre la autobiografía fragmentaria de Brill, quien se desnuda en soli-

loquios al lector haciendo una remembranza del pasado (sobre todo, la relación con su difunta esposa Sonia) que se muestra como una rémora de aflicción y cargo de conciencia y desvelando las relaciones afectivas con su hija Mariam y su nieta Katya, que comparten con él vivienda, sufrimiento y soledad, toda vez que la primera es una recién divorciada y la segunda ha perdido el novio en la guerra de Irak. Y por otro lado, discurre el relato dentro del relato, desgranando historias aleatorias en torno a una hipotética actualidad que plasma en metaficción el corto plazo del mundo absurdo en el que vivimos.

La contingencia y el azar caminan de la mano en esta multihistoria en la que se presentan simultáneamente acontecimientos anodinos y rutinarios de la vida familiar de August Brill y sucesos fantásticos protagonizados por Owen Brick, todos ellos descritos en un estilo aparentemente sencillo, pero en el que subyace una compleja construcción narrativa cimentada en una estructura de historias en la historia, edificada con un armazón de metaficción, encofrada con circunloquios al hilo de la trama central y revestida con destellos ilusorios. Auster, una vez más, fiel a sus principios narrativos, coquetea con la metaliteratura – poniendo el dedo sobre la llaga de la interacción del escritor y la obra escrita, o sea, la relación intrínseca del creador y la creatura- y se desliza por la pendiente del compromiso social y la reflexión filosófica y habla sin ambages de la pérdida del sentido existencial, de la materialidad que domina todos los ámbitos de las relaciones humanas, de la soledad deshumanizante que se ha instalado en el espíritu de los individuos en la posmodernidad y, sobre todo, de la cuestión de la búsqueda de la identidad personal. Esta temática es remanente en su bibliografía. Así en *La Trilogía de Nueva York*: en *Ciudad de Cristal* presenta a un escritor de novela negra que adopta múltiples identidades para solventar el misterio que le envuelve; en *Fantasmas* propone un juego de colores para disfrazar la identidad de los personajes y la trama gira en torno a un detective llamado "Azul" que debe investigar a un sujeto llamado "Negro" por encargo de un cliente llamado "Blanco"; y en *La Habitación Cerrada* se suelta con una historia en la que un escritor investiga la vida de otro autor al objeto de escribir su biografía y experimenta una especie de hipóstasis progresiva con él, historia que recuerda de alguna manera al desdoblamiento que se produce en *Un hombre en la oscuridad* entre el escritor y el personaje que éste crea. También en las novelas *El Palacio de la Luna* y *Leviatán* desarrolla una trama en la que los protagonistas indagan en el conocimiento de sí mismos columbrando el entramado identitario de terceras personas. En *La Invención de la Soledad* trata explícitamente el tema del sentido del acto de escribir, apartándose un tanto del problema identitario, asunto que retoma en *Brooklyn Follies* (novela en la que el protagonista Nathan Glass lucha por reencontrarse así mismo en el crepúsculo de sus días en pos de la superación de las circunstancias que lo alienan y de la consecución de la felicidad) y que remata en Viaje por el scriptorium, texto en el que el personaje principal es un señor de edad avanzada que se encuentra encerrado en una habitación y que padece una grave amnesia, eventualidad por la que desconoce por completo su identidad, la cual se va forjando con los retazos de vida que se desprenden de las relaciones con los diferentes personajes que pululan a su alrededor. Mr. Blank (así llaman al señor amnésico) es sexagenario, lo mismo que el casi septuagenario August Brill y N. Glass – éste es un hecho curioso, porque, si nos damos cuenta, los personajes austerianos crecen y envejecen al tiempo que el autor, de modo que todos los protagonistas de sus últimas obras ya han cumplido los sesenta años-. Todos ellos son presentados de una forma parecida; esto es, no son perfilados a través de la descripción de los hechos que protagonizan o de los rasgos de personalidad que les caracterizan, sino a través de lo que cada uno narra, de lo que cada cual siente, de los miedos y pasiones que demuestran y de los sentimientos que afloran.

En *Un hombre en la oscuridad* se cumple el propósito antonomásico de la narrativa austeriana, que no es otro que desarrollar en la ficción el contenido implícito en esta máxima que se le atribuye y que viene a decir algo así: "El mundo está en mi mente, mi cuerpo en el mundo". ¡Qué manera más excelente de expresar la esencia de esta novela, en la que Auster se marca un órdago literario, conjugando en un único individuo la realidad-ficción circunscrita al ámbito de la mente y la mera realidad material y, de paso, demostrando que si bien puede aceptarse que el mundo está en la mente, cuando ésta no se proyecta a su vez al mundo y simplemente lo recrea en la oscuridad de la noche, se incurre en una quimera existencial y en una perspectiva ilusoria del



orbe efectivo que se demuestran fatales, por cuanto se quiebra el orden ontológico de la realidad. Como afirma Eduardo J. Carletti* se trata de una "historia de fantasías posibles, mundos paralelos y juegos con la Historia que Brill concibe como una metalepsis unamuniana en la que el personaje interactúa con su creador rompiendo los niveles ontológicos, a la manera de "Continuidad de los parques" o "La noche boca arriba" de *Final de juego*, de Cortázar, la historia del joven mago Owen Brick sumido en la teoría de los mundos infinitos de Giordano Bruno (sic), que se despierta de un presunto sueño caído en un hoyo "en forma de círculo perfecto, con paredes verticales de tierra sólida, tan dura que la superficie tiene una textura de vidrio", un hoyo que trae a la memoria *El pozo y el péndulo*, de Poe, y del que Brick sale convertido en un soldado norteamericano… El contrapunto entre la autobiografía de Brill y la inquietante historia secundaria, metaficcional y austeriana de Brick, sustenta su apuesta por la idea de unas vidas soñadas por el sueño de otro ("la guerra es un producto de su imaginación y todo lo que ocurre se encuentra en su cabeza", "[hay] muchos mundos, y cada uno de ellos lo sueña o lo imagina alguien en otro mundo. Cada mundo es la creación mental de un individuo"), intuida por Borges en 'Las ruinas circulares de las Ficciones"…

En fin, *Un hombre en la oscuridad* reúne todos los ingredientes necesarios para constituirse en una especie de tratado sobre la luz – no en tanto que fenómeno físico, sino en tanto que metáfora de la clarividencia-, en un llamado que pretende alertarnos del riesgo inminente que acecha a la humanidad, que avanza inexorablemente hacia el precipicio fúnebre del exterminio, como consecuencia de su propia indolencia, ceguera atávica, pequeñez de miras y estupidez y de la pérdida flagrante de la identidad humana. Un llamado que es denuncia de la mentira ancestral de la acción política cuando ésta es ejercida desde las instancias del poder que, como se pone de manifiesto en la obra, es perfectamente capaz de promover guerras execrables amparadas en herméticas razones de estado. Un llamado que nos convoca a unirnos en defensa de la continuidad de la vida real, esa que aparece desdibujada en vivencias virtuales cinematográficas y constreñida a la frustración, a la soledad, al miedo, al fracaso personal y a la claudicación existencial, como es el caso de August Brill. Un llamado, sí, a la consideración de un nuevo individuo humano y una nueva humanidad en la que no tenga cabida ningún hombre ni mujer en la oscuridad. Esto es, que no haya ni un solo individuo que viva su propia existencia disipado en las sombras de unos párpados cerrados a la realidad ni enfangado en el légamo de la ciénaga social, despojado de su dignidad, enajenado de sus derechos, sublimado en un estado perpetuo de desinformación y arruinado moralmente; que no haya ni un solo hombre ni mujer que se erija en monstruo de la tiniebla y ejerza de dios apocalíptico, maquinando en la noche de su prepotencia guerras ignominiosas, creando ideologías de muerte, engendrando deshumanización, perfilando espacios de abismo e instituyendo en el mundo el caos; y por último, que no haya ni un solo hombre ni mujer que por razón de la hegemonía de ningún pretendido dios de mente tenebrosa se halle desvalido en el desarrollo de una individualidad y una humanidad en plenitud.

*Eduardo J. Carletti, Rev. "Axxón", 31 de agosto de 2008.

NICOLÁS ZIMARRO

LA BUHARDILLA

Averigua el título y el autor al que pertenece el texto propuesto. Si conoces la respuesta, envía un e-mail a la dirección de correo electrónico:

contactar@latertulia delagranja.com

Entre los acertantes se sortearán dos libros de reciente publicación.

El pueblo de por sí ya es melancólico. No tiene gran cosa, aparte de la fábrica de hilaturas de algodón, las casas de dos habitaciones donde viven los obreros, varios melocotoneros, una iglesia con dos vidrieras de colores, y una miserable calle mayor que no medirá más de cien metros. Los sábados llegan los granjeros de los alrededores para hacer sus compras y charlar un rato. Fuera de eso, el pueblo es solitario, triste; está como perdido y olvidado del resto del mundo. La estación de ferrocarril más próxima es Society City, y las líneas de autobuses Greyhound y White Bus pasan por la carretera de Forks Falls, a tres millas de distancia. Los inviernos son cortos y crudos y los veranos blancos de luz y de un calor rabioso.

Si se pasa por la calle mayor en una tarde de agosto, no encuentra uno nada que hacer. El edificio más grande, en el centro mismo del pueblo, está cerrado con tablones clavados y se inclina tanto a la derecha que parece que va a derrumbarse de un momento a otro. Es una casa muy vieja: tiene un aspecto extraño, ruinoso, que en el primer momento no se sabe en qué consiste; de pronto cae uno en la cuenta de que alguna vez, hace mucho tiempo, se pintó el porche delantero y parte de la fachada; pero lo dejaron a medio pintar y un lado de la casa está más oscuro y más sucio que el otro. La casa parece abandonada. Sin embargo, en el segundo piso hay una ventana que no está atrancada; a veces, a última hora de la tarde, cuando el calor es más sofocante, aparece una mano que va abriendo despacio los postigos, y asoma una cara que mira a la calle. Es una de esas caras borrosas que se ven en sueños: asexuada, pálida, con unos ojos grises que bizquean hacia dentro tan violentamente que parece que están lanzándose el uno al otro una larga mirada de congoja. La cara permanece en la ventana durante una hora, aproximadamente; luego se vuelven a cerrar los postigos, y ya no se ve alma viviente en toda la calle.

Esas tardes de agosto... Después de subir y bajar por la calle, ya no sabe uno qué hacer; en todo caso, puede uno llegarse hasta la carretera de Forks Falls para ver a la cuerda de presos.

Y lo cierto es que en este pueblo hubo una vez un café. Y esta casa cerrada era distinta de todas las demás, en muchas leguas a la redonda. Había mesas con manteles y servilletas de papel, ventiladores eléctricos con cintas de colores, y se celebraban grandes reuniones los sábados por la noche. La dueña del café era Miss Amelia Evans. Pero la persona que más contribuía al éxito y a la animación del local era un jorobado, a quien llamaban “el primo Lymon”. Otra persona ligada a la historia del café era el ex marido de Miss Amelia, un hombre terrible que regresó al pueblo después de cumplir una larga condena en la cárcel, causó desastres y volvió a seguir su camino. Ha pasado mucho tiempo; el café está cerrado desde entonces, pero todavía se le recuerda.

La casa no había sido siempre un café. Miss Amelia la heredó de su padre, y al principio era un almacén de piensos, guano, comestible y tabaco. Miss Amelia era muy rica: además del almacén, poseía una destilería a tres millas del pueblo, detrás de los pantanos, y vendía el mejor whisky de la región. Era una mujer morena, alta, con una musculatura y una osamenta de hombre. Llevaba el pelo muy corto y cepillado hacia atrás, y su cara quemada por el sol tenía un aire duro y ajado. Podría haber resultado guapa si ya entonces no hubiera sido ligeramente bizca. No le habían faltado pretendientes, pero a Miss Amelia no le importaba nada el amor de los hombres; era un ser solitario. Su matrimonio fue algo totalmente distinto de todas las demás bodas de la región: fue una unión extraña y peligrosa, que duró sólo diez días y dejó a todo el pueblo asombrado y escandalizado. Dejando a un lado aquel casamiento, Miss Amelia había vivido siempre sola. Con frecuencia pasaba noches enteras en su cabaña del pantano, vestida con mono y botas de goma, vigilando en silencio el fuego lento de la destilería.

Miss Amelia prosperaba con todo lo que podía hacer con las manos: vendía menudillos y salchichas en la ciudad vecina; en los días buenos de otoño plantaba caña de azúcar y la melaza de sus barriles tenía un hermoso color dorado oscuro y un

aroma delicado. Había levantado en dos semanas el retrete de ladrillo detrás del almacén, y sabía mucho de carpintería. Para lo único que no tenía buena mano era para la gente. A la gente, cuando no es completamente tonta o está muy enferma, no se la puede coger y convertir de la noche a la mañana en algo más provechoso. Así que la única utilidad que Miss Amelia veía en la gente era poder sacarle el dinero. Y desde luego lo conseguía: casas y fincas hipotecarias, una serrería, dinero en el banco... Era la mujer más rica de aquellos contornos. Hubiera podido hacerse más rica que un diputado a no ser por su única debilidad: a saber, su pasión por los pleitos y los tribunales. Se enzarzaba en un pleito interminable por cualquier minucia. En el pueblo se decía que si Miss Amelia tropezaba con una piedra en la carretera, miraba inmediatamente a su alrededor para ver a quien podría demandar. Aparte de sus pleitos, llevaba una vida rutinaria, y todas sus jornadas eran iguales. Exceptuando sus diez días de matrimonio, nada había alterado el ritmo de su existencia hasta la primavera en que cumplió treinta años.

Fue en medio de una tranquila noche de abril. El cielo tenía el color de los lirios azules del pantano, y la luna estaba clara y brillante. La cosecha se presentaba buena aquella primavera, y las últimas semanas la fábrica había trabajado día y noche. Abajo en el arroyo, la fábrica cuadrada de ladrillo estaba iluminada, y se oía el rumor monótono de los telares. Era una de esas noches en que se oye con gusto, en el silencio del campo, el canto lento de un negro enamorado; esas noches en que uno tomaría su guitarra para sentarse a tocar con calma, o en que simplemente se quedaría uno descansando a solas, sin pensar en nada. La calle estaba ya desierta, pero el almacén de Miss Amelia permanecía encendido, y fuera en el porche había cinco personas. Una de ellas era Stumpy MacPhail, un capataz de rostro…

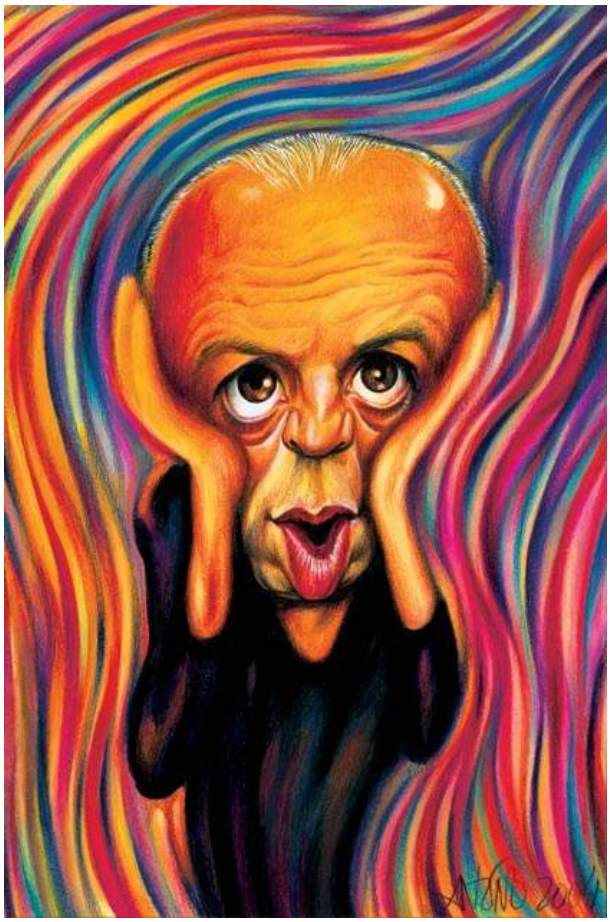
El ganador de la anterior buhardilla es Víctor-Javier Pedrero García, quien aprovecha su participación para felicitarnos, y al que haremos llegar el premio inmediatamente. **Enhorabuena, gracias y sigue participando. En efecto, la obra propuesta era *Los disparos del cazador*, de Rafael Chirbes,** escritor y crítico literario nacido en Tabernes de Valldigna, (Valencia) el 27 de junio de 1949. Nuestro autor ha vivido en Marruecos, París, Barcelona, La Coruña y Extremadura, hasta que regresó a Valencia en el año 2000. Su primera novela, *Mimoun*, quedó finalista del Premio Herralde en 1988, y *La larga marcha* fue galardonada en Alemania con el premio SWR-Bestenliste en 1999. Ganó el Premio Cálamo "Libro del Año 2003" por *Los viejos amigos*, y con su obra *Crematorio* obtuvo el Premio Nacional de la Crítica 2007, el Premio Cálamo "Libro del Año 2007" y el V Premio Dulce Chacón de Narrativa Española en 2008. Su obra se compone de las novelas *Mimoun* (1988), *En la lucha final* (1991), *La buena letra* (1992), *Los disparos del cazador* (1994), *La larga marcha* (1996), *La caída de Madrid* (2000), *Los viejos amigos* (2003) y *Crematorio* (2007) y de los ensayos *Mediterráneos* (1997), *El novelista perplejo* (2002) y *El viajero sedentario* (2004).

Daniel Leuenberger, lingüista, literato y asistente en el Instituto de Lingüística y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Berna, escribe en su ensayo *acercamiento a la obra narrativa de Rafael Chirbes: los disparos del cazador:* "*Los disparos del cazador*, novela corta e intimista, refleja los conflictos generacionales presentes en toda la novelística de Chirbes, mostrando de ese modo la coherencia de su mundo narrativo, sumamente comprometido con la historia de la España de la segunda mitad del siglo XX. La recuperación del pasado es uno de sus temas centrales, y el pasado es lo que en *Los disparos del cazador* obsesiona también al narrador."

Javier Rodríguez Marcos, en el reportaje que hace sobre el escritor en el diario *El País* el 6 de abril de 2008 insiste en esta opinión en otros términos: "Fiel al aforismo *balzaquiano* de que la novela es la vida privada de las naciones, el autor de *Crematorio* ha querido conjugar siempre el realismo y la introspección: "Si miras dentro ves las contradicciones de fuera". El resultado es un retrato sin concesiones de una generación, la suya, que, como dice uno de sus personajes, perdió la memoria en el instante en que ganó el poder. Los libros de Chirbes están llenos de revolucionarios que querían cambiar la Historia y terminaron cambiando de chalet. Si no vendieron su alma es porque no tenían."

RELATARIA

RUIDO DE FONDO



No puedo decir que con el tiempo me he acostumbrado a ésta penumbra malsana, ya que es lo único que mis ojos han contemplado, no hay un referente sensorial para la comparación. La umbrosa atmósfera de abismos inescrutables, el perpetuo haz enfermizo de luz dando eje al rotar de los muros -cilindro girando frenético y manteniéndome aislado del mundo- Outsider condenado a regurgitar el deplorable banquete de la soledad, tomando copas llenas de ese monocromático "ruido de fondo". Muchas veces soñé adquirir la facultad de los espectros que poblaban mis lecturas de distensión, deslizarme a través de los espacios intermoleculares, apartar a voluntad las partículas subatómicas que me detuviesen y dejar atrás mi sombra y los pavorosos recuerdos tras las paredes de mi resignada prisión. Contemplar aunque sea una vez lo que hay más allá –última voluntad de agonizante-, correr desenfadado los lánguidos pliegues del cortinaje de la realidad, una realidad que se me muestra sólo a través de las frías páginas de los libros.

Pero no, no hay escape a este cadalso, torre negra al oriente de ningún lugar. No tendré la esperanza de Segismundo en el encierro, ni estiraré los brazos al despertar del sueño. Torturado rey Lear, iluminado Schopenhauer, opiómano Baudelaire, ¿qué desquiciada mente tramó el castigo, qué cerebro retorcido maquinó mi agonía? ¿Cómo el genio puede desplomarse a tales profundidades de alineación, o la mano creadora oprimir insensible el barro primordial, desquebrajando su obra? No lo comprendo y sé que por más que pasen los años- no lo llegaré a comprender. Si por lo menos, alguna vez me hubiese calentado el rostro con los tímidos resplandores de la aurora, si tan sólo una vez hubiese tiritado mi cuerpo en el fresco aliento de la medianoche… Ellos, sólo alimentaron con gusto morboso, mis dos apetitos insaciables: el fin del ruido ensordecedor y la plenitud del conocimiento. Mis venas fueron las anchas calzadas para la morfina desde que tengo memoria. Mi primer recuerdo se remonta a ese tubo de ensayo, mirando con curiosidad aquellos lentes cóncavos, monóculos iridiscentes iluminados desde atrás, las frías tenazas escrutadoras, los cuentagotas de agonía, destilando las simientes de vida lentamente sobre la superficie porosa del germen que no alcanzaría la salvación. Por escasas siete lunas pude ver algo más que estas frías paredes. Me hallé en una gruta, húmeda y tibia. Con sus pulsaciones lentas, acompasadas, maternales, mantenía el "ruido" lejos de mí. Después de todo, creo que aquel letargo dio a mi existencia la serenidad que perdí cuando dejé sus coloidales encantos. Allí comenzó el dolor, desde ese momento empecé a escuchar el "ruido"…

¡Maldita vibración! ¡Es posible que todo ser humano sea perturbado de esta manera! En los millares de libros que he devorado, nunca hallé la más mínima referencia al "ruido". ¿Por qué debo ser yo el único infausto ser viviente que sea condenado a sentir ese "ruido de fondo"que ni siquiera viene del otro lado de los muros? ¡Está en el aire mismo que respiro, en el compás tumefacto de mi corazón, en el maldito zumbido de las moscas! Se filtra por los ángulos convexos interdimensionales. La pulsación malsana de un cosmos agonizante, rumor de miríadas de plañideras ancestrales y titánicas, agazapadas en la vertiginosa curvatura del espacio.

Y también está la sensación centrífuga –vértigo imperecedero a flor de piel- como si mi prisión se hallase en el único punto inmóvil del globo terrestre y del universo entero. Las masas intranquilas de roca y océano, cristal y vegetación, caldo de cultivo de la vida e informes restos burbujeantes en degeneración. Estrellas y simientes se entregan a un orbital movimiento en torno al haz de luz enfermiza que tengo ante mis ojos. Puedo sentir en mi cabeza y en el estertor de mis sienes las caprichosas formaciones de nimbos, cúmulos y estratos, hacerse y deshacerse, entregarse a cópulas cataclísmicas en el luminoso éter. Pero siempre girando en torno al haz de luz enfermiza, cabalgando con galopes de rayos en tormentas sobre las masas continentales, milímetro a milímetro, año tras año, alzando o hundiendo sus cumbres, haciendo yermos los valles o estallando en orgías verdes las selvas de niebla, atizando sus entrañas de magma en el movimiento constante. La danza a la deriva al son del "ruido de fondo" y la órbita invariable alrededor del haz enfermizo de luz. Con sus legiones de almas envueltas en carne y sangre, nervios, huesos y purulenta secreción -cortejo fúnebre de la anunciación, resignada procesión al lecho de tierra muerta-, girando, siempre girando en torno a la columna de mortecina luz. Y más allá de los continentes vaporosos en delirios de ciclones y huracanes, donde los picos escabrosos temen asomarse por encima de las llanuras de tormentas, los lazos electromagnéticos giran. Como giran las múltiples esferas, como se entregan a órbitas perpetuas las nebulosas espirales y los cúmulos de estrellas, los quasares y agujeros negros, los vagabundos congelados y los luminosos vientos de plasma. Un universo preso de giros, compulsivo derviche cósmico buscando la evasión del continuo espacio-tiempo sin lograrlo, presa de esta dimensión.

El "ruido" continúa, no mengua la pulsación basculante, atenaza cada músculo, cada quiebre de la respiración, cada página entre mis dedos abriendo la vastedad del mundo, sólo imaginable por oposición. Los ecos en lo que debe ser un largo pasadizo se acercan, resuenan en síncope con el "ruido". La marcha de los verdugos, el síndrome de La Bastilla. Allí está otra vez la grieta negra, la fragua que vomita mi alimento diario. Las voces silenciadas de mis creadores son como monstruosas oraciones, letanías de trueno. Pude oír claramente uno de sus diálogos y me revelaron el secreto, el misterio del origen. ¡Por Dios! Todo era cierto, no era un pliegue de locura alentada por el "ruido de fondo". Diez años encerrado, diez malditos años. Un experimento fallido. Sólo Dios sabe cuántos como yo habrían hallado su fin en estas mazmorras. Sólo Él, insensible ante el desquiciado orgullo humano buscando controlar la creación, puede conceder horas a las horas, almas a las células que se unen por la voluntad de unos locos que intentan procrear al hombre perfecto. Diez años, sólo un niño, la potencialidad última de la mente en el cuerpo de un niño, atormentado por el ruido del universo en movimiento. Los cables registrando cada uno de mis impulsos nerviosos, escaneando cada variación neuronal, esperando descubrir qué se esconde en el salto de instante a instante, cuando pareciera que pierdo la noción del todo a cada milésima de segundo que transcurre y sin embargo, conservo sobre una pantalla invariable todas las experiencias. Inmóviles, sin poder hacer más que contemplarlas, al borde de la locura. ¡No! Ya no les daré material para su morbosa ciencia. Daré fin al engendro que crearon. Ahora sé la verdad. Buscaré la forma de aniquilarme. Es demasiado... dicen que soy el que ha soportado más. Los otros no pasaron de los seis años, no soportaron el "ruido" y el giro vertiginoso. Por eso anularon mi voz, para no oír mis gritos desgarrados.

El "ruido", maldición, el maldito "ruido". Las nubes estallan en tormentas. El rumor del Armagedón, se acerca una lluvia de meteoros, dentro de tres días caerá sobre Alaska… Estrellas colapsan en el extremo de la espiral de Andrómeda. Las ballenas jorobadas inician su canto nupcial… El soplo de vida escapa a una masa bermellón y burbujeante en una fría caverna de Plutón. Otro engendro es fecundado veinte metros más allá del muro… Nace un continente con furia en un joven planeta girando en torno de Aldebarán. Un árbol milenario es cortado en un bosque boreal…

El "ruido", el haz de luz enfermizo. El "ruido", pulsando, invariable... ¡La inmensa bestia del cosmos tiene que contener la respiración alguna vez!

GIOVANNA DARK

ENTREVISTAS EN LA GRANJA

ENTREVISTA A JARO GODOY



ALEJANDRO PÉREZ: ¿Usted buscó la poesía o la poesía lo buscó a usted?

JARO GODOY: No creo que la poesía busque a nadie, es demasiado orgullosa como para hacerlo, creo que los poetas nacemos con un alma dispuesta al sacrificio en los altares de la belleza, es por eso que nada detiene al poeta, trabaja en territorios donde no hay rey, ni límites, sólo la arcilla de la soledad, donde se talla la poesía, como una rosa acariciada por el viento. A veces me siento como un pájaro ciego cuyo sueño es ver los colores del arco iris, por eso me siento inmutable frente a la palabra, trato de abordarla como un pirata a un barco en busca de fantásticos tesoros.



A. P.: La poesía es una alquimia que se produce entre el corazón y el pensamiento. Cuando estalla dentro nuestro la semilla de la palabra, nos enfrentamos al nacimiento o a la construcción crítica del lenguaje. En el proceso creativo, ¿qué porcentaje de éxito se llevan las musas y qué importancia alcanza el trabajo?

J. G.: Creo que ambas condiciones son imprescindibles a la hora de enfrentarnos a un buen poema, como también las dos deben caminar juntas, como suele decir Serrat: Si aparecen las musas que te encuentren trabajando. El trabajo es la mejor herramienta que tiene el escritor al momento de la inspiración, aunque si esta no llega el trabajo nos permite no detenernos y seguir probando, ya sea nuevas palabras, nuevos sonidos, o simplemente perder un poco de tiempo, que también es muy importante. Además de las musas y el trabajo hay otras motivaciones, como una buena amante, una noche de lluvia, o un vaso de whisky cuando el cielo se declara en guerra y el alma no tiene escondite para su odio, o recordando aquel primer beso mientras pelean afuera dos Ángeles de lluvia entrechocando sus espadas azules. Por lo general el poeta, como el escritor, tiene convenios secretos con el tiempo; este le presta más tiempo que al común de la gente.

A. P.: Los silencios son palabras que no se dicen, pero, ¿qué dicen las palabras? ¿Qué mensaje pretende transmitir la poesía?

J. G.: El único mensaje que trasmite la poesía es precisamente ese, el silencio que cada lector traduce según sus experiencias o según sus necesidades. La poesía debe ser verbo y no sustantivo, principio de acción. Sólo la poesía ha sido la representante del hombre a través del tiempo en las voces de tantos poetas, en las voces de tantos versos y poemas; el verso escrito representa a todos los hombres y mujeres que sienten hambre espiritual. El poeta tiene un compromiso ante la vida, sea consciente o no de éste. Sólo la poesía puede redimir al hombre y bautizarlo nuevamente en los memoriales encendidos de la belleza, tantas veces sacrificada por imbéciles que escriben con tinta de agua.

El tiempo suele ser una de las mayores preocupaciones del poeta. ¿Qué antídotos existen para contrarrestarlo? ¿De qué forma se cuela en los versos?

Por lo general el poeta, como el escritor, tiene convenios secretos con el tiempo; este le presta más tiempo que al común de la gente. El poeta los devolverá en algún momento. Siempre hay tiempo para la poesía, como lo hay para el amor, para la vida, para los sueños, y no creo que necesite colarse el tiempo existe de manera imperenne en todo los versos, en todos los poemas, en cada beso que toca la luna con suspiro de amante. Los poetas nos sabemos atrapados en un eco de nada absoluta, pero cuando el deseo pulsa sus cuerdas y suena una melodía nos proyectamos hacia la tierra de palabras, donde esperan desamparadas ser transformadas en almas vivas y susurros de Ángeles.

A. P.: Junto al tiempo, la muerte y el amor son los temas capitales de la poesía. ¿Qué valor arrastra en sus versos cada uno de ellos?

J. G.: Tanto el tiempo como la muerte, el amor, la locura, están encadenados a otras palabras como nacimiento, vida, sueños, experiencia. Nunca

pensé que fueran mis temas capitales, sólo trato de imitar al artesano cuando usa lo que tiene en sus manos para que salga la belleza encerrada en cada palabra; con respecto a la muerte si creo que cada poeta la lleva a su lado como una dama de compañía permanente. Existen también en nuestras vidas los socios activos de todo poeta: la soledad, la angustia, la visión extraña de mirar una rosa con otros ojos, de mirar la luna y soñarla mujer, esto es como navegar por los ríos del infierno para llegar a la isla del paraíso.

A. P.: El poeta siempre juega con los símbolos y con los sobreentendidos en un entramado perfecto en el que el lector se alza como el verdadero protagonista, o en su caso, como el último eslabón de una cadena que nos lleva inexorablemente hacia la comunicación. ¿Cuáles son sus símbolos preferidos? Desglosa el significado de alguno de ellos.

J. G.: Por lo general los símbolos pasan a ser parte activa del poema a través de la metáfora. Cada uno presta un servicio a la orden del poema, para intentar hacer que el mensaje sea más claro o por el contrario más oscuro, dejando así la puerta abierta a la imaginación del lector. De por sí mi poesía al estar volcada al surrealismo usa muchos símbolos, y cada uno tiene una connotación diferente, por supuesto. En *Melodía De Caníbales*, el tema del simbolismo se hace evidente como el mensaje abstracto que trasmite el poema al no tener la pretensión de representar nada concreto, sólo poner atención a la forma y el color que representa la belleza del poema: "Silenciando la melodía de los caníbales en sus banquetes de bohemia." Es evidente en este verso que los caníbales representan la desesperación del ser humano, buscando su otra mitad como decía Platón.

A. P.: La naturaleza sirve de escenario a la mayoría de sus poemas. ¿Se puede entender como un personaje más? Es decir, ¿la naturaleza es el marco donde se insertan las verdades o es el fiel reflejo del estado de ánimo del poeta?

J. G.: No estoy de acuerdo con que la naturaleza influya tanto o se deje ver demasiado en mis poemas; quizás hables de algún poema en especial, pero el resto del libro esta inmerso en cierto estado oscuro del alma que sí es muy posible sean los estados de ánimo del poeta al recibir el mensaje del poema. Con respecto a tu pregunta sí, la naturaleza es un personaje más al menos en mis poemas. Hay



muchísimos poetas que han escrito a la tierra y sus paisajes sin volverla un personaje en sí, la pusieron como protagonista de su obra; los ejemplos son muchos. El poeta es hijo de la naturaleza, no podríamos insertar ninguna verdad por más que nos esforzáramos; la naturaleza está escrita de principio a fin, sólo somos meros imitadores de lo que ella nos quiere mostrar o lo que nuestro limitado ojo quiere ver, como decía Shakespeare en su "Julio Cesar": "el ojo no puede verse a si mismo sino tan sólo en el objeto que se refleje". Y Rimbaud: "todo lo que brilla ve". El poeta no es más que un receptor de bellezas, dictadas por algo mayor; más bien te diría que el poeta sólo es un simple traductor de silencios. No podríamos querer ser otra cosa más que la de un puente entre esas verdades invisibles y esta nuestra diaria realidad.

"Sin lugar a dudas nadie sale indemne después de haber bajado a niveles donde la oscuridad es tan penetrante que terminamos convertidos en sombras [...] "

A. P.: La literatura y la vida se implican tan a menudo que uno a veces no sabe distinguirlas. ¿Qué se le podría decir a aquellos que opinan que la poesía dista mucho de las inquietudes de las nuevas generaciones?

J. G.: En primer lugar, no sabría decirte cuales son las inquietudes de las nuevas generaciones, pero si hablamos de que literatura y vida deberían ir unidas, supongo que te refieres a que la literatura debería reflejar los avatares y problemas que enfrenta la humanidad toda. Parecería ser que esto de la globalización nos acercó mas como seres humanos a través de distintos medios; no estoy de acuerdo con eso. Creo que cada vez las divisiones son mas amplias, entonces no podríamos englobar los problemas de la humanidad en un poema, como tampoco pienso que sea ese el mensaje de la poesía. En mi país, por ejemplo, se esta usando un modelo neoliberal que pretendió en su momento unificar

concepto y obligación literarios, pero ese paradigma fracasó estrepitosamente. Y lamentablemente ese quiebre produjo ramificaciones que terminó pagando el lenguaje de nuestra literatura; al principio se quiso utilizar esa barbarie, para denunciar el ejercicio inhumano de quienes detentan el poder, con un lirismo sublime, pero tampoco esto produjo resultados. Quiero decirte con esto que no hay posibilidad de englobar la poesía con las problemáticas actuales, cada lugar tiene sus propios problemas, no pudimos ponernos de acuerdo nosotros, mucho menos podríamos pedirle a la literatura de otras latitudes que reflejen nuestros dramas.

A. P.: ¿El pesimismo aparece marcado por el clima de nostalgia de sus poemas o es una constante vital en usted?

J. G.: No sé bien quién lo dijo pero te contestaría con estas palabras: "no me cure la locura, doctor, es lo único que tengo". Sin lugar a dudas nadie sale indemne después de haber bajado a niveles donde la oscuridad es tan penetrante que terminamos convertidos en sombras; la nostalgia es el pan de cada día en mi vida, sea por experiencias vertidas en el caldero de mi alma, sea por estar al limite de la palabra, sea por querer entregar todo en el altar de la belleza, aun a riesgo de sacrificar la propia vida. No soy un suicida en potencia, ni nada de eso (solo quizás debería dejar de fumar tanto), pero la poesía es alquimia donde la primera regla es entregar el alma. Si no necesitas escribir lo mejor es que te dediques a otra cosa- La poesía nace en las entrañas y hace un recorrido que deja al alma al borde del precipicio. Pero así debería ser, es el mejor termómetro para saber si lo que hacemos está bien hecho; lo que diga el público después es otro tema. Quiero aclararte que no hay pesimismo en mi vida, muy por el contrario la poesía ha salvado mi vida muchas veces y estoy muy agradecido con ella. Soy una persona alegre que disfruta la vida y la poesía en su esplendor.

A. P.: También surge el misterio de la aritmética entre los escombros del poema. El número siete revolotea como pez en el agua, ¿con qué sentido o sentidos?

J. G.: Lorca, Rubén Darío, Marechal, Vallejos... tanto el numero siete como el color azul son constantes en mi poesía; si recurro a ellos se debe principalmente a que son mis favoritos. Si es un pez en el agua entonces me quedo tranquilo de saber que pueden llegar de manera natural al lector. Podría darte una larga explicación cabalística acerca del numero siete y del color azul, pero eso no me interesa. Se dice del siete que es un seis más uno, pero también que significa en otra de sus acepciones "pies de tierra": me quedo con esta última. También está la gran influencia que ejercieron sobre mi los poetas antes mencionados, lo que todavía no pude averiguar es si pude usar esa influencia para bien o para mal. Espero que cuando los encuentre no me reprochen nada. Preguntas con que sentido... Sería lo mismo que me pidieras que te explique un poema. No hay respuestas, y si las hay están dentro tuyo, dentro del lector, no dentro del poeta; cada uno sabrá darle la respuesta que necesita en ese momento. Los poemas son como las hojas que se desprenden al viento, nadie sabe qué manos habrán de cobijarlos y cada mano le dará un calor diferente.

A. P.: Su poesía viene caracterizada por la acumulación de recursos literarios y, en especial, por la presencia constante de la metáfora. Cite alguna de sus mejores metáforas. Indique alguna de otros autores que le hayan impactado.

J. G.: "Leve figura de mujer, materia sutil que busca su forma, en las tardes grises de las viudas camino a un entierro." "... me voy, asesinando, como quien asesina el agua de su corazón, asistente de mi propia ausencia, me voy soñando con el fuego donde se quema el herrero de mis cadenas". "Temblor de lluvia, tu cintura, como caballos de agua sobre mi corazón, Ardiendo en un lirio nocturno." No sé si es una recriminación o un interrogante esto de "acumulación de recursos literarios". No comparto esta definición sobre "La Espada Del Silencio", no creo que haya abuso de recursos literarios. Si fuera así dejaría de ser poesía para transformarse en un simple mercadeo del cual no pienso formar parte; el libro lleva vendidos casi mil ejemplares en varias partes de Latinoamérica y en España a través de amigos, pero eso no significa que se haya utilizado ciertos conocimientos, dejando de lado la escritura, para vender dos o tres libros más. Creo que a eso mas o menos apuntaba tu comentario, pero no es de ninguna manera algo que compartamos ni que haya que pedir disculpas si así fuera, para esos existen los recursos, pero el libro acaba de ganar el premio al mejor libro de poesía del año y aunque los premios sean sólo un buen negocio para pocos, creo que eso habla de más poesía y menos recursos literarios. En



cuanto a autores, además de los ya mencionados arriba que fueron esenciales, especialmente *Poeta En Nueva York*, Octavio Paz, Pablo Neruda, Pablo de Rokha, Girondo, y muy especialmente la gran generación que tuvieron ustedes, la llamada generación del 30, con todos esos poetas que marcaron un camino indeleble. Ignoro si sus proyectos de futuro caminan por la senda de la poesía o por otros derroteros.

A. P.: Adelántanos sus planes más inmediatos.

J. G.: En estos momentos soy socio de una revista de interés cultural que tiene una distribución de tres mil ejemplares por semana. Soy periodista y escribo para varios países. Soy, además de responsable, conductor de tres programas de radio; uno va por Internet. Pero lo que esta ocupando mi tiempo son dos nuevos proyectos, muy ambiciosos por cierto: soy vicepresidente de la Fundación de Poetas de Mar del Plata (Argentina), ciudad en la que resido, y estamos en plena tarea de armar un movimiento internacional de poesía. Contamos para eso con varias filiales en distintos países, como por ejemplo Alemania, Italia, Brasil, México, etc... Y el segundo proyecto es transformar esta fundación en la sede representativa número uno de todos los escritores del país, ya que las instituciones que están son obsoletas, sospechosas, y no dejan ningún beneficio al autor; queremos romper de una vez por todas las fronteras que ellos mismo establecieron, dejando como único protagonista al escritor.

Quiero agradecerte mucho esta oportunidad que me has brindado de poder dar a conocer alguno de mis pensamientos, muchas gracias.

ALEJANDRO PÉREZ

ENTREVISTA A SUSANA CATTANEO



GUSTAVO TISOCCO: ¿Qué es para usted la poesía?

SUSANA CATTANEO: Para mí la poesía es verbo. Verbo que me permite entrar en un terreno absolutamente personal y que a su vez es puente hacia la comunicación, en principio con el misterio y luego con aquellos semejantes capaces de tener la suficiente sensibilidad como para compartir lo más recóndito de mi ser. La poesía es un bosque salvaje que nos contagia de vida y es además, ese desborde del lenguaje que nos lleva a lo inefable. El poema se compone de palabras escritas o verbales, pero también de aquello que escapa a todos los sentidos humanos y sin embargo se percibe. Deleite, misterio, comunicación con el propio yo y con el Universo. Eso es poesía.

G. T.: ¿Podría usted contarnos un poco de su vida, de sus obras publicadas, sus premios, su actividad literaria?

S. C.: Soy Licenciada en Psicología y me dediqué a escribir ensayos y trabajos relativos a mi profesión, pero antes de eso, ya escribía poemas. Entre la salida del secundario y la entrada a la universidad, escribí tres libros y un cuadernillo. Luego pasaron muchos años antes de volver a escribir poesía. En este momento tengo 18 libros editados, uno de



cuentos y el resto de poesía y poesía en prosa. Para decirles algunos títulos: los tres últimos libros son *Pájaros de resurrección*, *Palomas de la soledad* y *Niña subterránea.* He obtenido, primeros, segundos y terceros premios y muchas menciones. Entre los premios puedo mencionar La Faja Nacional de Honor de Escritores Argentinos, otro premio fue el que me otorgó la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, otro un primer premio en un certamen literario "Poetas de Hoy", etc. Doy talleres literarios, conduzco cafés desde hace muchos años y edito una revista titulada *Extranjera a la intemperie*. Mi obra fue traducida parcialmente al portugués, inglés y francés.

G. T.: ¿Cuándo empezó a escribir?

S. C.: Empecé a escribir poemas cuando estaba en la escuela primaria seguramente por alguna necesidad que hoy en día no podría describir, pero lo que sí recuerdo es que los poemas surgían más allá de cualquier razón. Abría mi cuaderno de clases y en las últimas páginas escribía mis versos. En la escuela secundaria era yo quien ponía letra a las canciones que cantábamos en los campamentos alrededor del fogón.

G. T.: ¿Cómo definiría su poesía?

S. C.: Defino mi poesía como lírica; creo que tiene que ver mucho con la tristeza que acarrea la finitud. A veces es desesperación, pero también es un

canto a la esperanza, aunque ésta esté posicionada del otro costado del mundo. En mis últimos escritos esto se acrecienta; se crean Universos un tanto fantásticos.



G. T.: ¿Qué autores influyeron en su poética?

S. C.: En mi adolescencia leí mucho a Alfonsina Storni, Rubén Darío, Bécquer, Amado Nervo, que influyeron en unos pocos sonetos que escribí por entonces. Algo después estuve con los escritos de Claudio de Alas y Pedro Salinas. También leí a dos pilares fundamentales de la poesía argentina: Olga Orozco y Alejandra Pizarnik. Tengo editado un libro que titulé *La diosa suicidada* que tiene una muy marcada influencia pizarnikiana, pero en mi estilo no se ve, en general, la marca de ningún autor en particular. Creo que nuestro entorno, la buena lectura y toda nuestra instrucción, principalmente autodidacta, pesan en la escritura. Como libros "disparadores" puedo mencionar las obras completas de Edna Pozzi, la de María Rosa Lojo y de Heather Thomas, por mencionar algunos.

G. T.: ¿Cuál es el fin que le gustaría lograr con su poética?

S. C.: Quisiera que mi escritura acompañe a quien la necesite y en el momento oportuno. Recuerdo que en una época leía a la ya mencionada Pizarnik con un amigo muy querido. Alejandra nos acompañaba en domingos grises y momentos tristísimos. Leerla era sentirse comprendida en el alma de esa poeta, era un encuentro con ella que había sentido lo mismo que nosotros sentíamos entonces. También pretendo mostrar a quien pueda comprenderlos, mis emociones y mi ser más profundo. Es una forma de paliar el sentimiento de soledad existencial que padecemos. Me gustaría también que dentro de cien años algún libro mío estuviera en manos de alguien en el preciso momento de necesitarlo. Otro



deseo mío es el de inmortalizar con mis poemas a los seres que he amado, sean personas o animales.

G. T.: ¿Qué poema elegiría usted si tiene que optar por uno en especial? ¿Por qué?

S. C.: Elegiría varios, pero por nombrar uno cito el que abre el libro titulado *Palomas de la soledad* que comienza diciendo "Cae en la playa la tarde que soy..." porque está escrito para una perrita que amé y que me acompañó en momentos de mucha alegría y mucho dolor.

G. T.: ¿Cómo ha cambiado su lenguaje poético a través de los años?

S. C.: En principio escribía sólo poesía. Con el tiempo y de a poco, me incliné por la poesía en prosa. Creo que mi lenguaje poético se fue haciendo cada vez más lírico y luminoso. Pero siempre está en él la invariancia de estilo que hace que puedan reconocerme en un poema.

G. T.: ¿Para usted se nace o se hace escritor?

S. C.: Para mí se nace escritor. Tiene que ver con la esencia que uno trae consigo. No se aprende a escribir; sí se aprende a pulir un poema.

G. T.: ¿Qué consejos daría a un joven escritor / escritora que se inicia en este bello camino de la PALABRA?

S. C.: Que sea sincero consigo mismo, ya que es la única manera de escribir bien. Que no tome para su escritura "modas"; que lea mucho y escriba cuando está solo, lo que no quita que pueda intentarlo,



si le sirve, hacerlo con consignas de taller junto a otra gente. Que trate de no ser extremadamente hermético; que no use palabras vacías o que nada tengan que ver con lo poético y sí con lo agresivo. Un poema debe siempre contener una estética, de lo contrario estamos creando otra cosa. Que escriba cuando sienta que es el momento y no fuerce las palabras. La poesía no miente: sólo la hacemos cuando nos viene de lo más profundo.

G. T.: ¿Cómo ve usted actualmente la industria editorial?

S. C.: Muy difícil. Editar es un lujo. La mayoría de los que podemos hacerlo (yo lo hago por intermedio de mi propio nombre editorial "Extranjera a la intemperie"), lo logramos a costa de renunciar a muchísimas otras cosas. Están los poetas que acumulan libros inéditos por falta de recursos. Debería crearse un fondo que ayude a los escritores a hacer públicos sus escritos.

G. T.: Si tuviera que recomendar un libro de poesía, prosa, cuento, novela, etc. ¿cuáles recomendaría?

S. C.: De poesía recomendaría las obras completas de Olga Orozco, Alejandra Pizarnik; Edna Pozzi y libros de Wislawa Szymborska *El gran número* y *Fin y principio*. De prosa recomendaría leer la obra de Marguerite Yourcenar, por ejemplo *Memorias de Adriano*; los libros de Saramago, ej, *El evangelio según Jesucristo*. Fernando Vallejo en *La virgen de los sicarios* y *El desbarrancadero*. En su libro *Los doce cuentos peregrinos.*

G. T.: ¿Qué opina de las nuevas formas de difusión de la palabra, ya sea en páginas de Internet, foros literarios cibernéticos, revistas virtuales, ñusleter, blogs, etc?

S. C.: Son formas de difusión a tener en cuenta por su importancia, debido a que hay gran número de personas que se sienten atraídas por todo lo que tenga que ver con Internet. Hago la salvedad de que la gente no debe sólo estar frente a la pantalla; también debe complementar con concurrencia a encuentros. Estos medios son otra forma de difundir nuestra obra y manera de pensar. Esta entrevista es un ejemplo de ello.

G. T.: Por último ¿quiere usted agregar algo?

S. C.: Quiero agradecer al poeta Gustavo Tisocco esta posibilidad de diálogo con él y los lectores. Expresar que la poesía siempre nos rescata – aunque sea por momentos –del dolor y nos permite compartir en armonía una parte de nuestra existencia. Siento que eso sucede siempre cuando celebramos la palabra. Como cierre los invito a visitar la página web: www.extranjeraweb.com.ar

A la pequeña de pestañas blancas
y amor en sus ojos de almendra…

Cae en la playa la tarde que soy
herida de faros y gaviotas nocturnas.
Un follaje de arena pasea mi cuerpo
escanciado por la brisa que lo cubre.
Cómo no recordar las noches en el muelle.
Las carreras invencibles entre luna y agua.
El camino plata sobre ondulaciones perfectas.
Recordar árboles vestidos de milagro.
Sí; cae en la tarde la playa que soy,
mi pequeña de pies blancos.
¿Dónde llevaste tu alegría de calandrias?
Juego acertijos desde aquel aciago día.
Apuesto: tus ojos me besan en este instante azul.
Mira, hay una floración de ángeles
en la mitad del cielo.
En la otra, una dulce jauría de amapolas.
Ya la noche es mayor y danza misterios sobre el mar.
Ha caído en la espuma la playa, la tarde que soy.

GUSTAVO TISOCCO

LA SAGA DE LOS CORREOSOS

EL RONDEÑO



Alguien me dijo una vez que Cartagena es otra cosa. Pero yo creo que la diferencia estriba en su gente: los cartagineses o cartageneros o cartageneses. No son como los murcianos que la rodean, ni mucho menos. Si uno va a pasar unos días de asueto playero a La Manga, por ejemplo, si es observador advierte que o madruga y alcanza la playa a esas horas inciertas en que la arena no te abrasa los pies y la playa parece un paraíso de silencio y soledad o es mejor quedarse en cama. Uno va y elige un sitio húmedo donde calcula que no van a llegar las olas. Se instala con tranquilidad, clava la sombrilla con saña, abre la hamaca y se sienta dispuesto a leer toda la prensa matutina en primera línea de playa con la escuálida brisa mediterránea en la cara, hasta que llega un murciano a las 12.45 horas y clava su sombrilla treinta y siete milímetros delante de la suya. Un cartaginés o cartagenero o cartagenés no lo hubiera hecho, sencillamente porque sigue en el bar donde anoche decidió tomarse la ultima cervecita. Así son ellos.

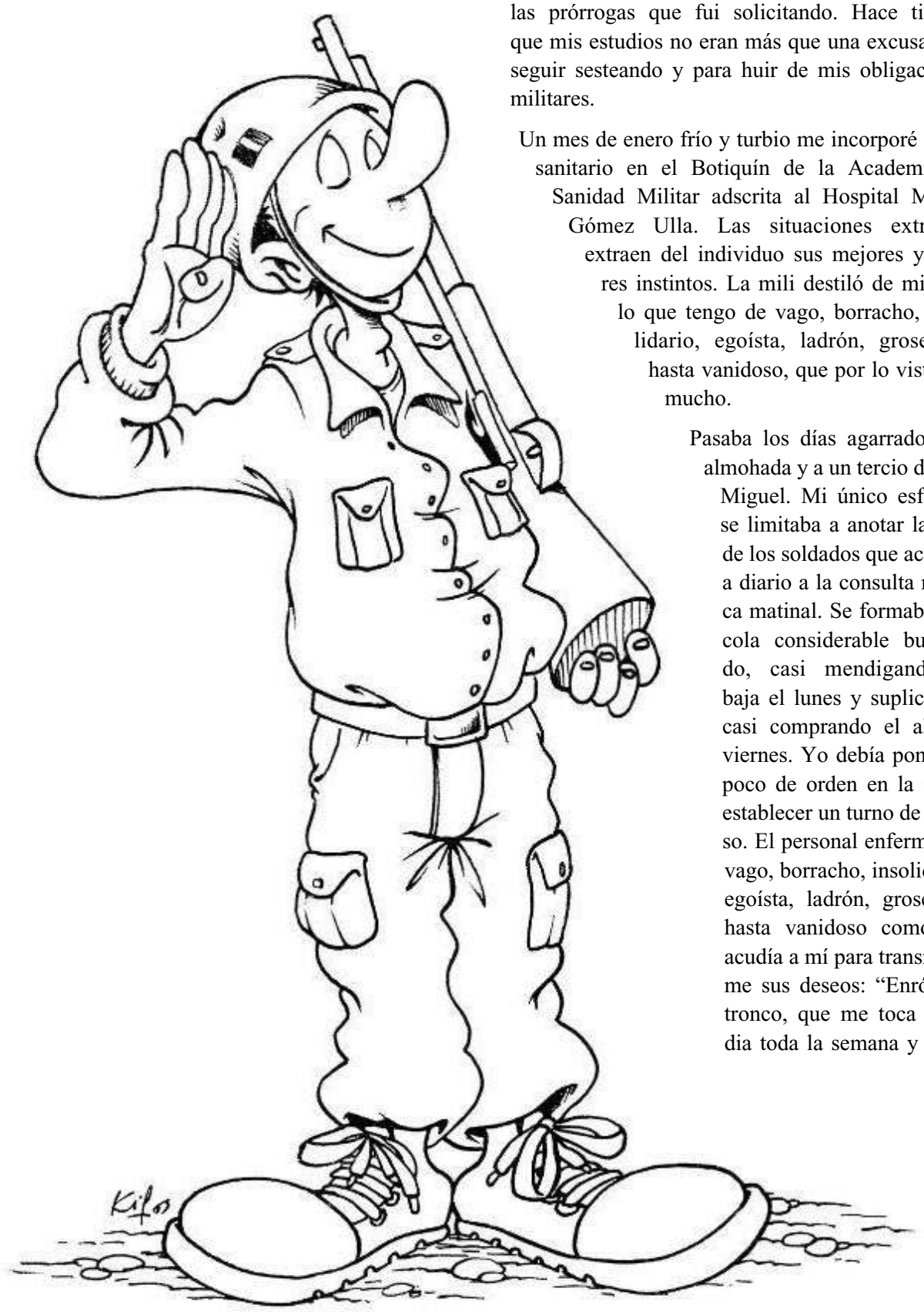
Yo nací en Almansa pero mi padre regentaba una empresa que se dedicaba a vender mercaderías a la Armada y nos trasladamos a Cartagena a mis escasos seis años. Nunca he sido cartaginés o cartagenero o cartagenés, si acaso me he acostumbrado a los cartagineses o cartageneros o cartageneses.

Conocí a Asdrubal Contreras en circunstancias penosas. Me tambaleaba en una calleja de un arrabal de Cartagena buscando un bar abierto cuando el sol ya asomaba por levante y él me rescató. Como se dice ahora, pasaba una época de confusión tratando de buscar el sentido a mi existencia, mientras me pegaba la gran vida, sin hincarla en el tercer curso de reválida de agregado comercial y con dinero fácil en el bolsillo (mi padre y la Armada siempre fueron generosos y comprensivos para conmigo). ¡vamos, que era un auténtico caradura!

Asdrubal, que a pesar de todo no era tonto, quizá un poco abotargado, comprendió en seguida que podría servirle como fuente de financiación y logística y me apadrinó en su territorio.

A Asdrubal todo el mundo le conocía como El Rondeño. Nunca supe el motivo, pues no tenía ninguna relación con Ronda, ni le gustaban los toros, ni siquiera cantaba a las mozas. Todo en él resultaba excesivo: su tamaño (185 centímetros de músculo y grasa sustentadas por un 45 de pie), su cara (como la de un toro, ojos saltones, boca desabrochada, mentones afilados, barbilla escurrida, quizá por eso lo de Rondeño), su verbo (abundante, castizo y congestionado), su apetito, su inagotable sed, su generosidad ajena, su aerofagia. Fuimos aumentando la frecuencia de nuestras citas hasta vernos prácticamente todos los días, no por mi gusto, lo juro, sino por su insistencia rayana lo peligroso. A las dos semanas de conocerle, ya buscaba un antídoto que nunca pude encontrar. Al mes de nuestra relación ya me llamaba secretario y emitía pagarés a fondo perdido que yo me encargaba de hacer efectivo. Utilizaba con mi supuesta aquiescencia la oficina del negocio de mi padre para refolgar con las mozas que se agenciaba. Me utilizaba con destreza y estoy seguro de que en la intimidad de sus acólitos se mofaba de mí. Pero yo no sabía como parar la hemorragia. Aquello duró más de un año, hasta que un día mi padre le

descubrió en plena coyunda en su oficina, mientras yo vomitaba en el retrete. Me envió con órdenes concretas a Valladolid, junto a unos tíos estériles que tenía y allí pasé tres anodinos años; eso sí, me libré del Rondeño.



Al fin pude salir de Valladolid. El ejército me llamó a filas tan pronto como se agotaron los plazos de las prórrogas que fui solicitando. Hace tiempo que mis estudios no eran más que una excusa para seguir sesteando y para huir de mis obligaciones militares.

Un mes de enero frío y turbio me incorporé como sanitario en el Botiquín de la Academia de Sanidad Militar adscrita al Hospital Militar Gómez Ulla. Las situaciones extremas extraen del individuo sus mejores y peores instintos. La mili destiló de mi todo lo que tengo de vago, borracho, insolidario, egoísta, ladrón, grosero y hasta vanidoso, que por lo visto era mucho.

Pasaba los días agarrado a la almohada y a un tercio de San Miguel. Mi único esfuerzo se limitaba a anotar la lista de los soldados que acudían a diario a la consulta médica matinal. Se formaba una cola considerable buscando, casi mendigando la baja el lunes y suplicando, casi comprando el alta el viernes. Yo debía poner un poco de orden en la fila y establecer un turno de acceso. El personal enfermo tan vago, borracho, insolidario, egoísta, ladrón, grosero y hasta vanidoso como yo, acudía a mí para transmitirme sus deseos: “Enróllate, tronco, que me toca guardia toda la semana y estoy

jodido de la caja. Mira como toso". Y me echaban trescientos gargajos. "Tranquilo, que yo me encargo. El teniente Marzón me tiene algo de pelotilla. Espero que te pagues algo si te sale bien", mentía invariablemente.

Un miércoles denso de junio pasaba lista para la consulta: "Venga, el siguiente ¿Nombre?". "Asdrubal Contreras". Un frío espasmo recorrió la totalidad de mi espinazo. "Hostia, El Rondeño aquí". Estaba apunto de decidir con cual de los bisturís que allí había me iba a cortar las venas, cuando levanté la vista del estadillo, vi la abotargada cara de El Rondeño y me di cuenta de que no me había reconocido. Respiré pero decidí no tentar más a la suerte y procurar desviarme de su punto de mira. "Pasa", acerté a balbucear.

El teniente esperaba con impaciencia. La mañana en el cuartel se demoraba más de lo que hubiera deseado. Se descomponía pensando que a su consulta privada en Serrano estarían ya afluyendo generosos pacientes. Por fin entró El Rondeño. Ahora que le pude observar con más detenimiento desde una esquina discreta del botiquín donde anotaba los diagnósticos y los tratamientos, puedo asegurar que presentaba un aspecto dañino. Además de sus naturales facciones ya de por sí agresivas, capaces de herir cualquier sensibilidad, su labio superior portaba una costra de un color amarillo verdoso con grumos de sangre salpicados por doquier que se alzaba hasta casi taponar una de las ventanas nasales. El labio inferior, más discreto, casi desaparecía en aquella jungla insana.

"¿Qué te pasa en el labio?", preguntó el teniente una vez superada la primera bocanada de asco. "No, si el labio lo tengo bien, lo que me duele es otra cosa", contestó el interfecto. "¿El qué?". En ese punto El Rondeño, que siempre fue tan apocado con las jerarquías superiores como crecido con las supuestamente inferiores, bajó la vista y dirigió su mirada hacia alguna parte de la mitad inferior de su anatomía. Y allí comenzó el juego. El teniente, cada vez más enojado, volvía a preguntar: "¿qué te pasa?; y el Rondeño vuelta a mirar para abajo. Así como cinco o seis veces, hasta que un escalofriante "mecagüen la puta" del teniente extrajo dolorosamente un "en el paquete" de El Rondeño. En ese momento la reventa de una localidad de puerta de botiquín echaba chispas. El teniente, con buen criterio, me pidió que cerrara la puerta y sugirió al Rondeño que se bajara pantalones y calzoncillos. Juro que cerrar la puerta no fue fácil y que hube de atrapar varios brazos con el gozne. Mientras, el energúmeno se deshacía de unos gallumbos algo más que amarillentos y dejaba a la vista lo que no se puede calificar sino como un fenómeno de la naturaleza. Ni en los reportajes televisivos de viajes y naturaleza más espectaculares se podía haber atisbado algo ni lejanamente parecido a "aquello". Era como una formación coralina emergente, multicolor y con estructuras vivas. Todo eso amontonado en la cabeza de la polla.

El teniente se tomó sus buenos cinco minutos para poder asimilar aquel "parásito". Tras enguantarse oportunamente, se acercó con prudencia y emitió un certero diagnóstico: "es una infección de muchos cojones". Yo, discretamente, anoté: "es una infección muy grande". Le recetó una partida de antibióticos y unos baños diarios de la zona afectada con una solución de agua y alcohol rebajado. Le sugirió que se lo aplicara también en el labio a juzgar por el parecido de las dos formaciones. Le preguntó si estaba casado. Sorprendentemente el Rondeño contestó afirmativamente y le aconsejó para su esposa el mismo tratamiento. "Eso va a ser difícil, porque hace meses que no la veo y no sé por donde para", espetó el cartaginés o cartagenero o cartagenés. "Mi teniente" apostilló el teniente. "Sí, eso, mi teniente", sonrió medroso el afortunado.

Esa misma tarde, mientras dormía la tercera siesta, apareció el Rondeño por el botiquín con la resuelta intención de que el botiquinero, o sea yo, le lavara "aquello". Le insinué que ni en mis peores pesadillas me hubiera ni siquiera acercado a aquel artefacto y le expliqué cómo hacérselo él mismo. Pensé por un momento aconsejarle el uso de un escoplo y un martillo, pero me reprimí. El Rondeño se enervó y empezó a gritar. "¡Botiquinero de mierda, me la vas a lavar por mis cojones!". "¡Hijo de puta Rondeño, te la va a lavar tu puta madre!". Una luz se encendió en las pupilas de El Rondeño: "¡el cabrón del Secretario!".

De lo que pasó después sólo recuerdo que desperté en una cama de la tercera planta del Gómez Ulla y que en la televisión sonaba el cuarto festival de la canción de Cartagena.

JOSEBA MOLINERO

LA VENTA DE DOÑA SOL

ALMIRANTE DE LA MAR OCÉANA

– ¡Aspaldico! ¡Me alegra que haya vuelto a esta su casa! Aquí donde los viajeros literatos se alojan cuando visitan **Barataria**.

–

– - Encuentra la venta cambiada ¿verdad?, más parece la posada del Almirante Benbow o "El catalejo" que el sobrio hostal castellano que Ud. ha visitado en otras ocasiones. Las gaviotas y cormoranes sustituyen a las gallinas y podencos y el olor a mar lo invade todo. Hasta las tablas del suelo crujen como si estuvieramos en cubierta de un viejo galeón.

– ...

– ¿Qué ha de ser? Hoy se aloja con nosotros el más famoso de los marinos que haya cruzado los siete mares: Cristóbal Colón, Almirante de la Mar Océana, Visorrey y Gobernador General de las islas y de la tierra firme de las Indias descubiertas y por descubrir. Le acompaña fray Bartolomé de las Casas, a quién el mundo debe agradecer, además de su defensa incondicional de los derechos de los indios, el haber copiado los diarios de los viajes que hizo el Almirante desde el viejo reino de Castilla a las Indias que hoy conocemos como América.

– ...

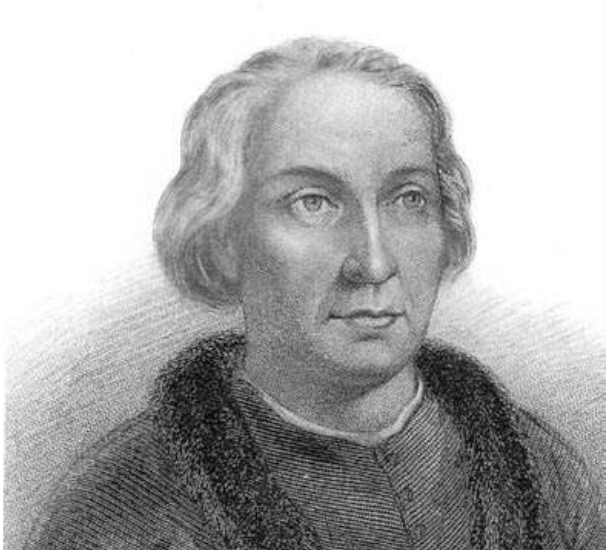
– ¡Sí, señor, sí! Puede Ud. enterarse de primera mano de las vicisitudes de los viajes del Almirante, aunque no es extraño, ya que los capitanes de barco llevan ese cuaderno de bitácora que los convierte en los más literatos de todos los viajeros.

– ...

– Bien es cierto que en otras ocasiones le he animado a que lea las obras de los huéspedes de esta venta pero en esta ocasión debo avisarle de que se encontrará con la Historia en estado puro: en castellano antiguo y con las preocupaciones e ilusiones del Almirante.

– ...

– Pues piense en los días de travesía, donde sólo podía anotarse el paso de un fumarel o el encontrar el mar de los Sargazos, además de las leguas recorridas. No es una lectura fácil.



– ...

– Sin embargo, si es Ud. capaz de acostumbrarse a los tecnicismos de marino, participará de la alegría del Almirante por encontrar una tierra maravillosa, encarnada en los cantos de los pajaritos y la dulzura de las aguas, la sorpresa por el manso comportamiento de las gentes descubiertas (que después no resultaron tan mansas) y la preocupación por hallar oro y especias.

– ...

– Por supuesto, los motivos económicos del viaje de Colón aparecen continuamente en su diario y resulta sorprendente que el Almirante deba justificarse por no haber encontrado un filón de oro en la primera playa en la que desembarcó, aunque... visto el trato que recibió de aquéllos a los que les abrió la puerta del mayor imperio que han visto los siglos, no me extraña que anduviera con pies de plomo.

– ...

– Me refiero a cómo hizo el Almirante la vuelta de su tercer viaje: cargado de cadenas, lo que, a propósito, es la prueba fehaciente de que Colón era español.

– ...

– ¡Sí, sí! Tiene Ud. razón, el Almirante nació en Génova, pero ¿qué otro país maltrata de tal manera a sus mejores hijos? ¿Puede imaginarse a una Inglaterra que encarcelara a Shakespeare? ¿O una Noruega que decapitara a Amundsen? ¿O unos Estados Unidos que fusilaran a Faulkner? Pues ese el pago que recibieron de España

ETIMONOLOGANDO (3)

Hoy comparto la etimología de un vocablo que muchos, dependiendo de la zona del planeta en que viven, no conocen; y otros, tal vez no sepan cómo emplear. Se trata del vocablo "**carantoña"** o "**carantoñas"**.



Según la RAE: carantoña.

1. f. coloq. Halago y caricia que se hacen a alguien para conseguir de él algo. U. m. en pl.

2. f. coloq. p. us. Persona mal encarada.

3. f. coloq. p. us. Mujer vieja y fea que se aplica afeites y se compone el rostro para disimular su fealdad.

Sin embargo, en Wikipedia no encontramos referencia alguna a este vocablo y en el diccionario enciclopédico Pequeño Larousse ilustrado el término no aparece en su acepción nominal primaria, sino en su designación adjetiva que no es otra cosa que un resultado etimológico por asociación con el término inicial.

Según el Pequeño Larousse: carantoñas.

1. n. f. pl. Halagos y lisonjas para conseguir algo.

2. Carantoñero,a: n. Fam. Persona que hace carantoñas.

El uso más frecuente de este vocablo es el plural, que tiene sus orígenes en la presencia de un personaje mítico en la cultura ibérica, nombrado 'Carantoña' y ubicado por los etnólogos a través de referencias entre los pobladores legendarios de las regiones boscosas de las montañas de dicha península. El Carantoña es un personaje de apariencia algo desagradable, como casi todos los duendes o gnomos, que logra atenuar la crudeza de sus rasgos físicos por medio de su singular y simpático comportamiento que consigue haciendo movimientos espontáneos y alegres, llenos de acrobacias, entre los que gusta intercalar adivinanzas y juegos de palabras, por lo que puede compararse a un bufón o saltimbanqui, con la debida distancia que le adjudica su misticismo; cualidad que le confiere cierto respeto por parte de los creyentes y le imprime autoridad a su juego y facundia.

El origen del vocablo carantoñas (plural) proviene de las cabriolas que este simpático payaso ejecuta.

Deseo les guste la palabra que he elegido esta vez para compartirles y les espero próximamente en un nuevo Etimologando.

MARÍA EUGENIA CASEIRO

POEMANÍA

CENIZAS EN ARRIGUNAGA

Y una voz, como a Macbeth me dijo :

"Tú serás rey".
Y cambié mi tesoro,
sin saber
que una estrella es más libre que un hombre
y una lágrima vence a todos los argumentos,
y una flor puede más que mil reyes,
y la fe es el príncipe rubio de los cielos.

Érase una vez un poeta bilbaíno amante de la música y de la literatura con mucho de místico, como solía serlo todo gran poeta en el pasado. Su nombre es Jaime Delclaux.

Desde muy jovencito tuvo clara su misión en la vida; así lo cuenta en un poema temprano :

Y yo siento algo en mí que llora y canta,
algo que es poesía sutil y cadenciosa
como bruma de plata,
algo...
que me lleva hacia Dios
muriendo de nostalgias.

Su primer poemario tuvo un final romántico y esplendoroso: Jaime viajó en tren de Bilbao a Algorta con aquellos primeros poemas de los que no estaba muy convencido. Subió el repecho de la colina que es el pueblo de Algorta y después bajo la larga pendiente que va a parar al mar concretamente hasta la playa de Arrigunaga – centro del universo literario y vital de Ramiro Pinilla, por cierto – y allí quemó sus poemas para después entregar sus cenizas al fluir y refluir de las olas del Cantábrico. Antonio Elías, amigo de Jaime y también poeta, juzga así sus primeros versos :

*"En **Ratos de ocio** había rasgos de ingenio y algunos despuntes de la sensibilidad poética que más tarde se habían de manifestar. Jaime mostraba ya soltura para versificar, sin el esfuerzo, a veces penoso, de otros poetas vizcaínos; una capacidad de la que después no hizo mucho caso, pues encontró en el verso libre el medio de expresión más adecuado a su inspiración, que se inclinaba a las impresiones fluctuantes e imprecisas de niebla matinal con preferencia a las claridades lineales del mediodía."*

Carmen Aguirre, en el prólogo de su obra poética



completa, nos cuenta datos sobre su nacimiento y abolengo que nos ayudan a situar el entorno familiar y social en el Bilbao de la época:

"Su partida de bautismo dice que nació en Bilbao el 17 de febrero de 1912. Su primera casa se ubicó en la calle de La Salve, 3, principal, de Bilbao. Era el tercero, de cinco hermanos, pero "el hijo mayor". Durante su infancia sus padres aún mantenían el status *de clase acomodada. La madre había heredado tierras de su familia aristocrática, ya decadente. El padre tenía la carrera de Derecho y ejerció de juez en Bilbao. Parecía que él iba a seguir el mismo camino. Después de hacer el Bachillerato en el Colegio Santiago Apóstol, cursó estudios de Derecho en la Universidad de Deusto. Sin embargo, Jaime tenía pasión literaria. No hacía poesía. Era poeta."*

Sin duda, una puntualización certera...

Carmen Aguirre nos cuenta además otra serie de detalles que definen a Jaime y que nos lo presentan como un joven de talento que no podía hacer otra cosa que escribir versos, pues su gran sensibilidad así se lo ordenaba :

Su amor eran los libros; escribía artículos; daba conferencias; se metía en emisoras de radio; leía obras de teatro a sus hermanos. Era un estudio-



so. Investigaba sobre los autores que leía, hasta saberlo todo de ellos. Le gustaba la ópera y la música clásica, en la que se sumía , melancólico, disfrutando un goce superior que afloraba en su poesía, como si libase en ella las esencias que tan fácilmente fluían en sus composiciones. Su espíritu no encajaba en la rigidez de las leyes. Él nos lo confiesa:

Alma desdibujada, imprecisa,
hecha por mí.
Iba hacia la conquista de su sueño.

Esa era la misión de Jaime: explicarse a sí mismo y al mundo a través de la poesía, ayudado por su delicada sensibilidad. Sentía su alma como preparada para esa misión. Sentía el amor… De esa experiencia mística nacería uno de sus primeros poemas, que habla de las cosas primigenias que sienten los poetas: el alma, la luz, el amor...

Sin saber lo que era, yo sentía en mi alma
un rayo transparente con claridad de luna,
como el místico premio de una dorada alma,
que ahíta de desprecios me diera la fortuna.

Y en el oscuro arcano de mi alma misteriosa
era la lucecita como una mano buena
que sembrara de flores la ruta tortuosa,
cambiando en alegría lo que antes era pena.
Y yo, que nunca supe de odios ni de amores,
amé profundamente los rayos de mi luz,
y emprendí mi carrera sin cobardes temores,
empuñando mi espada abrazado a mi cruz.

Y pródigo de amores, llegué hasta mis hermanos,
ansioso en mi alegría de calmar su dolor,
mas ellos entibiaron entre sus torpes manos
la claridad divina de aquel rayo de amor.

Al ver mi desengaño, fui perdiendo la calma,
y aunque no lo sentía, el odio conocí.
Guardé la lucecita en el fondo del alma
con una pena aguda del rayo que perdí.

Hasta que en una noche eterna, sin aurora,
una ráfaga helada la luz mía cegó,
y desde entonces, triste, muy tristemente, llora
mi alma, que está oscura, la muerte de su amor.

En 1928 conoce al que sería su íntimo amigo Antonio Elías Martinena. Junto con él, los hermanos Antonio y Pablo Bilbao Arístegui y el mismísimo Blas de Otero, componen un círculo de amistad que es además un grupo literario y musical. "*Leen a Tagore, Alberti, Lope de Vega, Oscar Wilde, Benavente y, con devoción especial, a Juan Ramón Jiménez. Asisten juntos a los estrenos en Bilbao de Casona y de García Lorca, interpretados por Margarita Xirgu en 1934 y 1936"*. Entre sus lecturas más asiduas se hallaban los escritores místicos, como San Juan de la Cruz, Fray Luis de



León y Santa Teresa.

Esta pequeña hermandad (del espíritu) era para ellos una huida de la vulgaridad de la vida y es evidente que para Blas de Otero, marcado por las muertes tempranas de su hermano (1929) y su padre (1932), fue un reducto que salvaría su alma de la vida común y daría alas a su creación poética. Nos cuenta Carmen Aguirre curiosos pormenores de este círculo inquieto. Así, desde la mirada del Bilbao actual y desde un tiempo de cultura patrocinada y teledirigida también actual, este pasaje puede despertar la envidia, el pasmo y la sorpresa de mucha gente:

Les interesan temas muy variados. En sus reuniones se diserta sobre la crisis de la novela, sobre Glasunov y la música rusa o los primitivos autores dramáticos españoles; don Eugenio Beitia da una conferencia sobre San Isidoro de Sevilla; se leen obras de teatro escritas por ellos mismos, como A la luz de la Luz*, de Luis María de Villalonga, o* Lamento del amor herido*, de José Ramón Amézola, con ilustraciones musicales de J. M. Echevarrieta; Jaime se encarga de hacer el arreglo de* Los ojos verdes*, de Bécquer, para su escenificación, y Pablo Bilbao, de mecanografiarlo.*

Nuestro poeta va a Madrid en el infausto año de 1936 con el objetivo de conseguir un trabajo ("*Había ido a la capital a buscar trabajo. Su primo, el marqués de Chiloeches, le había recomendado a Luca de Tena como posible colaborador de* Blanco y Negro"). Allí ambos obtienen un premio maravilloso que no es otra cosa que una entrevista con Juan Ramón Jiménez. Todo había empezado cuando Jaime escribió un poema dedicado a J.R.J que traemos a continuación:

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
(J. R. J. - P. S. y Cñía.)
(Jaime pregunta a Juan Ramón el camino a seguir en la poesía)
Te vi cuando el camino se partía,
y me dijiste en versos
la segura vaguedad
de mis deseos.
¿Por cuál? - te pregunté - ,
y tú te sonreías de mi duda.
Por éste - me dijiste - . Y tus ojos
tenían la nostalgia de dos rayos de luna.
Y por allí me fui, gustando alegre
la divina novedad de los colores,
pero andando, he llegado
a las puras entrañas de la noche.
Y desde aquí te llamo, inquieto,
¿En dónde? - todo es bruma -
y tú, arquitecto de vientos,
te ríes otra vez, y me respondes:
¡En tu propia pregunta!

Éstos son los pormenores que le cuenta Pablo Bilbao, que también está en Madrid, en un epístola del 29 de mayo de 1936 a su amigo Blas de Otero, que seguía atado a Bilbao luchando por la supervivencia familiar. La carta es magnífica y cuenta detalladamente cómo acceden al poeta andaluz y cómo su esfuerzo se ve recompensado con una entrevista personal:

"Querido Blas: Como tengo tiempo, no resisto a la tentación de escribirte, pues hay cosas interesantísimas que contar.

Sabrás por noticias mías, y por las de Jaime, nuestra entrevista con Zenobia. Esto fue el sábado, 23. El lunes le mandamos a su casa un magnífico ramo de flores con nuestras tarjetas; en las tarjetas y de nuestro puño y letra, iban unos versos de Juan Ramón. . .



Blas de Otero y Antonio Elías Martinena (Bilbao 1943)

Elisa Córdova, al escribirle a Zenobia, le había anticipado que Jaime escribía versos... Jaime a pesar de mis requerimientos se negaba a enviar nada a Zenobia, y exponía sus razones, tan "suyas", para hacerlo así... hasta que llegó el martes, y ese día me advirtió Jaime que se "encontraba" eufórico y había decidido entregar unos versos a Zenobia. A mí me pareció la idea de perlas y le acompañé a dejarlos en "Arte Popular Español", que, como sabrás, es la tienda que tienen Zenobia y sus amigas. No encontramos a Zenobia, pero Jaime con una tarjeta suya dejó un sobre que contenía cuatro versos: "Ceniza de mariposas", "Una impresión de Debussy", "J. R. J. " (que antes se titulaba "J. R. J. , P. S. y Cº") y otro que comienza "No finjas resistencias. . . " En total cuatro versos, bien escogidos. Esto sucedía el martes, a la una de la tarde. Hasta que hoy viernes... Serían la una menos cuarto, cuando Jaime ha llegado a mi cuarto para enseñarme unas "sibaritadas" que ha comprado en la feria del libro: un tomo elegantísimo (50 pts.) titulado "canción", primero de las obras completas de Juan Ramón, que acaba de salir ahora; dos obras de Tagor y otra , "De mar a mar", poema de Feliciano Rolán. Hemos estado un rato charlando y por fin se ha ido. A los pocos minutos ha vuelto a entrar en el cuarto y en un grito me ha dicho: ¿Pablo! ACABO DE HABLAR CON JUAN RAMÓN!!! ¿Cómo? le he preguntado, y él con la voz entrecortada me ha relatado cómo una criada le ha avisado: "Le llaman por teléfono", y al preguntar: ¿quién es? una voz al otro extremo del hilo ha contestado: "ESTA VD. HABLANDO CON JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. . . " "ZENOBIA ME HA DEJADO UN SOBRE CON UNOS VERSOS DE V. D. . . . (momento de angustia indecible para Jaime).

"ME HAN GUSTADO EXTRAORDINARIAMENTE Y TENDRÉ MUCHISIMO GUSTO EN ESTAR CON V. D. UN DÍA DE LA PRÓXIMA SEMANA PARA HABLAR SOBRE TODAS ESTAS COSAS. YO LES AVISARÉ PARA QUE VENGAN V. D. Y ESE OTRO AMIGO QUE ESTA CON V. D. , DON PABLO BILBAO"

(todo esto lo sabe Juan Ramón por ese ángel de bondad que se llama Zenobia) después, Jaime, con la emoción consiguiente le ha dicho que ha comprado su última obra. Juan Ramón le ha contestado diciendo que encontrará en ella bastantes versos conocidos, pero también muchos inéditos. . . . Pero lo principal de la conferencia ha sido lo siguiente: "ME HAN GUSTADO EXTRAORDINARIAMENTE" y la promesa de reunión para la próxima semana. . . .
La carta sigue con unos pocos párrafos más poniendo al corriente a Blas de otros asuntos. El 4 de julio el grupo sin Jaime, que está en Madrid, se reúne a comer en el Hotel Ugarte de Algorta (de nuevo el pueblo costero) y no presienten que su amigo del alma no volverá a estar más con ellos... Estalla la guerra el 18 de julio de ese año y Jaime no llega a entrevistarse para conseguir el trabajo; todo se tuerce y se hace terrible. Visto desde el mundo de los vivos podemos decir que el destino que él previó en unos versos suyos se empezaba a materializar poco a poco:

Yo sé que he de morirme pronto
y no me importa nada.

Uno lo piensa para sí y le horroriza, pero el efecto es todavía mayor cuando lo piensa para la suerte de un hombre de delicada sensibilidad, como Jaime, que se ve de repente en medio de un ambiente de guerra y con una salud quebradiza, que además queda recluido en la pensión que comparte con su amigo Fernando Haya. Sufrió muchos avatares. Y fue detenido en dos ocasiones, no sin haberse enfrentado verbalmente a la soldadesca:

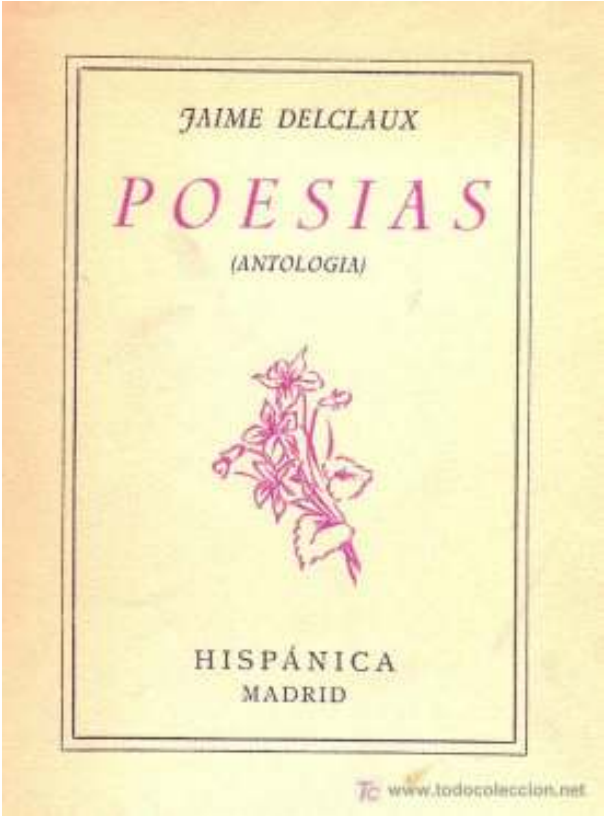
"El 29 de Noviembre el bombardeo del ministerio de la Guerra, cerca de la Plaza de Cibeles, causó destrozos en la pensión que moraban. Los dos amigos tuvieron que evacuarla con lo puesto y con una manta al hombro. Encontraron refugio en un sótano del Banco de Vizcaya. Les acomodaron con dos colchones y una cocinilla eléctrica. Allí estaban más resguardados de las patrullas, pero tenían que buscar comida. El vecino restaurante Molinero, aunque había sido requisado, les proporcionaba

algún plato de lentejas o de garbanzos. Pasaban los días y comenzaron a llegar nuevos huéspedes al sótano. Sobre todo localizaron a Fernando Aya, que recibía llamadas anónimas. Los directores del Banco, viendo que allí no estaban seguros los trasladaron a Aranjuez. Alojaron a Fernando en la casa del director y a Jaime en una pensión cercana. Su salud ya muy resentida, mejoró notablemente ante la tranquilidad y los paseos de Aranjuez. Sin embargo, eran jóvenes de 25 años que por edad debían combatir en algún frente; por tanto, también los paseos resultaban peligrosos. Viéndolo tan mejorado, Fernando pensó en incorporarse al frente y dejar a Jaime en algún sanatorio. Les llegó información de que " la casa vasca" había organizado el batallón Vasco - Pirenaico cerca de Barcelona. Jaime estaba optimista, pero Fernando dudaba de que pudiese llegar vivo a Barcelona. Su propósito era hospitalizarlo cuanto antes.

El destino se camina hacia su cumplimiento indefectible y tristemente también para su círculo de amigos, para su familia y para la poesía de un Bilbao que ha dado algunos grandes poetas. La muerte le va persiguiendo y no le pierde pista en un azaroso viaje que cuentan fue así:

Después de una parada en Tembleque llegaron a Albacete, estaba ya muy grave. En la estación ocurrió que a un soldado ruso le dio un ataque epiléptico, Fernando le pudo socorrer porque sabía lo que había que hacer en esos casos. El coronel del ejército que presenció la escena se acercó a agradecerle los servicios, momento que aprovechó para indicarle que venía del frente con un camarada francés, Delclaux, que necesitaba urgente hospitalización. Les proporcionó una ambulancia en la que fue trasladado al hospital provincial de la ciudad. Afortunadamente el hospital estaba en buenas condiciones, la guerra no lo había deteriorado. Fernando recuerda como "indescriptible" la cara de satisfacción y descanso de Jaime cuando se pudo acostar. El amigo partía para el frente, y al volver la cabeza como última despedida de quien sabe que será la definitiva, le vio meter el rosario bajo la almohada; también lo vio la enfermera que le ayudaba y sonrió en gesto de complicidad.

El poeta queda solo en compañía de desconocidos, definitivamente solo. A finales de agosto devuelven a Fernando una carta indicándole que el destinatario ya no está allí, ha expirado el dos de agosto de 1937 tras una larga escapada de la guerra y de la



muerte a la que finalmente no ha podido burlar.

Nos quedan sus poemas y su corta biografía. Saber que nació aquí en esta ciudad y que fue tocado por los dioses para refulgir en unos pocos años de vida. Un dios (de aquí abajo) de la poesía como Juan Ramón Jiménez lo glosó así en unas breves líneas desde el otro lado del charco, en el exilio, cuando se enteró de su muerte:

Las cartas de Jaime me hicieron llorar por él y por mí. Las guardo como reliquias de aquel hombre exquisito. ¿Qué patria la que podría formarse con seres de esta naturaleza! ¿Y quién duda que se podría formar?. Las ideas, las convicciones, son todas sagradas para mí, si significan verdad, fervor y justicia. Esta es mi norma: ideales y personas leales a su ideal.

Dedicó unos pocos poemas a Jaime Delclaux, valgan estos dos como muestra y regalo que pueden servir como colofón de esta breve reseña sobre su talento y su corta vida:

CANCIÓN DE JAIME
Vienen alas por oriente
con las luces de los aires,
alas de gracia que vienen.
¿Son las de Jaime?
Alas que besan la yerba,
alas que cuelgan los árboles,
alas que abarcan los montes,

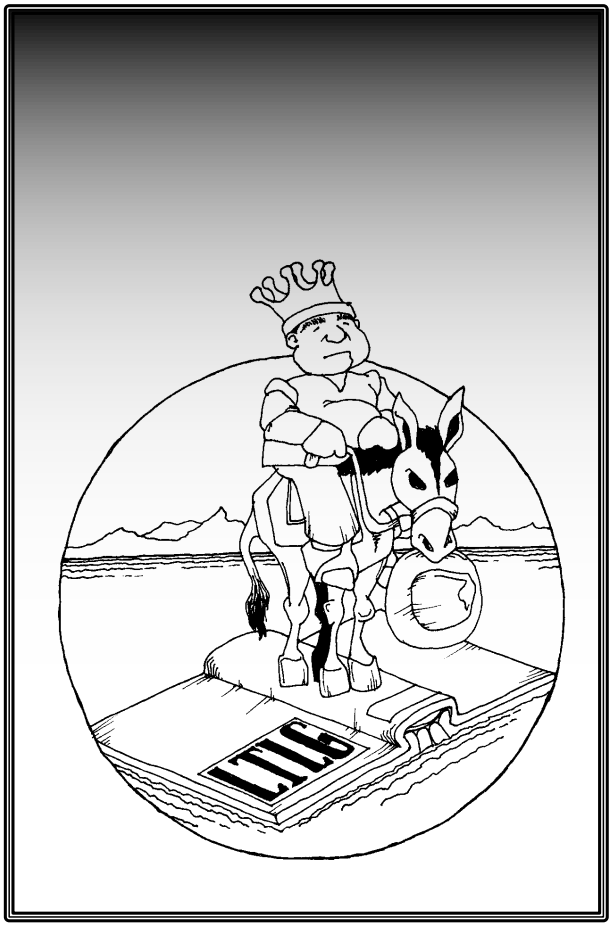
alas que tienden los mares.
Que, entre las mil de los pájaros,
más completas, más suaves,
hermanas de todo en todo,
lo tiemblan, lo unen, lo laten.
Llamas son que fueron ansias,
y, regadas con la sangre,
son flor del alma del cuerpo.
¡Son las de Jaime!
Me acompañan por la piedra,
me orientan el oleaje,
me serenan por el sol,
me dan cielo con los sauces.
Se vuelven conmigo a mí
cuando entro por la tarde,
y por la noche las oigo
volar cerradas librándome.
Alas que envuelven al mundo
a unir el hombre y el ánjel,
alas de iris que vuelven.
Son las de Jaime.

Tenía un gesto manso en su mirada
teñida de misterios,
y una onda de mar tranquila y quieta
en el borde de su pelo.
Tal le imagino yo siempre
cuando, en noches de invierno,
entre llantos de lluvia,
le recuerdo.
¡Jaime… !
Pasaba yo a su lado sin saberlo.
Que tú tuvieses lumbres en tus entrañas
y que, ciego,
veías sin brumas tu destino;
¡triste destino de muerto!
Luz henchida
lucía en tus miradas a los cielos,
del amor que, imposible,
veías en tus sueños.
Sentías el cantar de la alborada
cantando en tu silencio.
Y un pájaro temblaba en tu agonía
de morir lento.
Le veo
sentado en sus quimeras,
y riendo,
entre lágrimas que ahora azotan
su recuerdo…

Ambientación y fuentes :

Obra poética : Jaime Delclaux Colección GERIÓN de Poesía 1995 Ediciones Laga

Página de Internet : http://personal.telefonica.terra.es/web/fonebola/jaime/index.htm



www.poemaria.com
• Foro
• Taller de poesía
• Artículos de crítica literaria
• Edición virtual de textos poéticos
tu web de poesía
¡Edita gratis tus poemas!

RESEÑAS EN EL METRO



A SANGRE Y FUEGO
HÉROES, BESTIAS Y MÁRTIRES DE ESPAÑA

Manuel Chaves Nogales (1897-1944) podía haber sido político, escritor con relato continuado y tensión narrativa, poeta, pintor, aventurero, intelectual e incluso vendedor de bicicletas, de radios y de discos pues de todo ello hubo en su familia. Una mezcla de todo eso hizo que deviniera en un periodista excepcional, en estado puro, precedente del nuevo periodismo (Capote, Mailer, Wolf…) del que ahora nos nutrimos y que desciende a la esfera mas humana y personal para contar y analizar la actualidad. Chaves sin embargo acabó en el ostracismo mas absoluto (del que ahora espero salga por justicia literaria y periodística).

En *A sangre y Fuego* se nos presentan 9 relatos que se desarrollan durante la primera parte de la Guerra Civil española (dos de ellos elegidos por Martínez Pisón para su selección "Partes de Guerra"). En ellos encontramos de todo, de todo menos epopeya y maniqueísmo. Eso queda perfectamente claro desde el prólogo, cuando Chaves declara que no está dispuesto a mostrar solidaridad con ningún asesino, sea del bando que sea… La mayor parte se desarrollan en el lado republicano que es el que Chaves vio y vivió.

Con gran originalidad y viveza narrativa nos cuenta las historias de los milicianos Arabel y Valero ortodoxo y aparentemente insensible. El magnifico "la gesta de los caballistas" donde aparecen dos de los protagonistas del levantamiento (de los Oficiales africanistas): los terratenientes-aristócratas andaluces y la Iglesia en el impagable papel del Pae Frasquito "¿Para que estoy yo aquí sino para arreglarles los papeles a los que tengáis que mandar de viaje al otro mundo?" Con cananas y escopeta...

La quinta columna de la lucecita y el sacrificio de dos milicianos tan ingenuos como comprometidos. La vergonzante presencia de la Columna de Hierro por tierras valencianas, cobardes, oportunistas (delincuentes habituales salidos de las cárceles tras el estallido del golpe) con broches rojos de baratija. Tremenda la aventura del inglés y la corista en ese relato. Ella, mujer, firme, orgullosa, más digna que sus compañeros reivindicando la lucha de género que Franco volvió a la edad media.

El Tesoro de Briesca nos cuenta que la sensibilidad artística supera hasta los momentos más dramáticos... Los Guerreros Marroquíes nos alcanza con el papel de los moros en el bando fascista, aterrorizadores de las masas en el primer avance de Franco, gentes que huían de la pobreza y buscaban la dignidad del guerrero berebere, del luchador del desierto.

¡Viva la muerte! Es el relato escalofriante de la purificación de la cruzada fascista. Se ejecuta por acción y omisión (también ocurrió en el bando republicano como nos cuenta el ultimo relato, Consejo Obrero, pero sin la aquiescencia de las autoridades. Más tarde Negrín prohibiría las ejecuciones extrajudiciales).

Y por último, el sublime Bigornia, el ogro salvaje, libertario, excesivo, genital, generoso, valiente, un Tarzán de Madrid que estremece solo de pensarlo.

Las condiciones extremas llevan a los hombres a reacciones animales extremas. Durante la guerra y civil y más aun durante la Victoria, en España se dieron cumplidas pruebas de ello, lejos de la inteligencia que exigía Chaves como única señal inequívoca del ser humano.

A sangre y fuego está editado por Austral en su número 631. También son recomendables cualquiera de las otras obras de Chaves, podréis encontrar fácilmente la biografía del torero Belmonte o la del bailarín Juan Martínez. Y si sois mas ambiciosos las obras completas publicadas por la Diputación de Sevilla.

No quiero acabar sin dejaros con un destello de emoción en forma de un fragmento de *Palabras Casi Olvidadas* de Ángel González.

"Añorar el futuro que no existe
es aceptar la vida despojada
de sus días mejores,
y vivir es igual que haber vivido
ya, sin que ese haber vivido
suponga -por desgracia- estar ya muerto"

JOSEBA MOLINERO.

EPISTOLARIO

MARI TRINI





11 de abril de 2009

Queridos amigos:

Durante esta semana, santa y penitencial, murió Mari Trini. Yo no soy esa que tú te imaginas, una muchachita tranquila y sencilla... Durante algunas semanas estuvo compitiendo con Janette —yo soy rebelde porque el mundo me ha hecho así... — por el número uno de las listas de éxito. Yo presencié con apenas diez años aquella disputa amistosa y me regocijé con ambas, pero sobre todo con Mari Trini, aquella del labio leporino, pizca rebelde, pizca irreverente, quizá lesbiana, seguro mujer. Mari Trini vivió conmigo aquella infancia, aquella patria con la que os castigo de cuando en vez cuando alguno —o alguna, como en este caso— de los protagonistas de ese tiempo se va. Aquel tiempo no fue mejor. No lo fue. Era oscuro, tortuoso, asfixiante y aburrido, pero yo era niño entonces. Yo soy un cadáver de aquel niño y el tiempo que vivo —infinitamente mejor a pesar del viento negro que nos asola—, cadáver de aquel que forjó la única patria que conozco y conoceré. Los tiempos no son culpables, lo son los hombres; y los recuerdos no son más que las reliquias sagradas de aquellos hombres que murieron en vida por desconocidas razones. Yo no soy esa que tú te imaginas...

Con cariño,

JOSEBA MOLINERO

Mañana me iré despacio, sin dejar ninguna huella.
Dejaré mi puesto para quien lo quiera,
vagará mi sombra para quien la sienta.